

San José, Costa Rica

1926

Lunes 18 de Enero

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *El servicio social*, por Ramiro de Maeztu.—*La escuela de servicio social*, por Gabriela Mistral.—*El Gimnasio Obrero*, por L. E. Nieto Caballero.—*Damasco y la civilización*, por Luis Araquistain.—*Un veto presidencial*, por Camilo Barcia Trelles.—*Texto del veto, etc.*, por Ricardo Jiménez.—*Cuento del Espíritu Santo*, por Pedro-Emilio Coll.—*Homenaje a Vasconcelos*.—*Vasconcelos-Chocano*, por Rafael Heliodoro Valle.—*Nuevas respuestas al Cuestionario del Repertorio Americano*, por Fernando Lles y Alfonso Reyes.—*Página lírica* de José Pedroni.—*Dos poemas* de Flor de Luna.—*Una carta* de Varona.—*La Isla de Brehat*, por Cornelio Hispano.

UN Colegio norteamericano es, en esencia, una serie de fundaciones. Si hay un Laboratorio de Química es porque un caballero particular costeó sus fondos; si uno de Física, se deberá a una generosidad del mismo género. Los pabellones de los estudiantes se edifican generalmente con fondos procedentes de otras donaciones. Las becas a alumnos pobres se originan en análogos sacrificios. Las tierras donde se levantan los diversos pabellones de un Colegio y se tienden sus campos para ejercicios físicos se deben también a donaciones y legados, y más a donaciones que a legados, porque los norteamericanos no aguardan a morir para dar su dinero.

En cada Colegio, en cada Universidad, hay un Consejo de fideicomisos para administrar el patrimonio de la Institución. Esta suele recibir también una pequeña subvención del Estado, porque la instrucción pública corre a cargo de los Estados y no del Gobierno federal. A esta pequeña subvención acompaña la facultad de conferir títulos académicos de valor oficial. Esta facultad está limitada, naturalmente, por el poder de inspección que el Estado se reserva. Y cada estudiante que pasa por sus aulas concibe desde joven la ambición de enriquecerse para devolver a la Universidad, al *alma mater*, lo que de ella ha recibido.

Este cariño por la Universidad y por el Colegio se debe, en parte, a la buena vida que se dan los estudiantes cuando por ellos pasan. La comida es buena y abundante, los dormitorios son espaciosos (con tres cuartos por cada dos estudiantes, dos para dormir y uno para trabajar), se vive en el campo, menudean los juegos atléticos, la biblioteca es excelente, nunca falta en el baño o en la ducha agua caliente y agua fría, las actividades académicas están cortadas por numerosas distracciones, y aunque el año de la graduación hay que trabajar



¿Qué hora es?...

=Sección destinada a los encargados de la enseñanza pública en escuelas y colegios.=

DESDE LOS ESTADOS UNIDOS

El servicio social

duro, es la edad de hacer amistades, y profesores y alumnos viven juntos y se divierten juntos, lo mismo en los bailes que en los juegos, lo que es aún más importante.

Pero nada sería tan absurdo como imaginarse que los donativos a las Universidades se deben al agradecimiento. Lo que ha hecho agradable la vida universitaria son esos donativos. El agrado de la vida no es causa, sino efecto. Los donativos fueron los que transformaron las antiguas escuelas, estrechas y sombrías, en estos palacios alzados entre parques. Y la razón de los donativos fué un sentimiento moral y religioso. En la actualidad el servicio social constituye una verdadera obligación para las clases acomodadas del país. En un libro reciente, *The new barbarians*, por Mr. Wilbur C. Abbott, que es una defensa de las instituciones y costumbres norteamericanas contra «los nuevos bárbaros», que son, a juicio del autor, los socialistas, encuentro estas palabras en elogio de los burgueses norteamericanos:

«En la primera piedra de cada edificio dedicado a algún servicio público se puede leer sus nombres; en las listas de suscripción de cada obra benéfica se les encontrará; están inscritos en las de los Consejos de administración y patronos de cuantas instituciones mejoran el mundo. Cada correo trae el llamamiento de gentes de esta clase a otras del mismo rango, para ayuda de alguna causa buena. Sólo aquí y allá se encontrará alguien que no reconoce esta obli-

gación, y se hace por esta causa desagradablemente conspicuo. Se ha hecho para los ricos poco menos que deshonroso morir sin dejar legados importantes para alguna institución benéfica. Y el cargo más serio que se hace contra los nuevos ricos, que han salido y siguen saliendo del proletariado, es que no han aprendido a dar».

Estas palabras no han sido contestadas,

a pesar de su carácter polémico. El rico que no da para instituciones públicas se hace conspicuo en los Estados Unidos. La organización moral del país exige al rico el servicio social. Esta exigencia no la refrenda el código. Los ricos, sin embargo, se someten a ellas, con raras y desagradables excepciones. Los antiguos ricos la dan por descontada. Los nuevos ricos se someten también a ella apenas se educan en las responsabilidades de su posición. ¿Qué resorte la mantiene vigente?

En otro tiempo llegaron a creer ingleses y norteamericanos que la excelencia del trabajo de un hombre era el signo de la posesión de la gracia divina, por lo que trabajaron principalmente para confirmarse en su certidumbre de la salvación. A esta laboriosidad y escrupulosidad en el trabajo debieron estos pueblos su prosperidad. Los comerciantes cuáqueros se enriquecieron porque llegaron a alcanzar la fama de que jamás engañaban en el género ni pedían dos precios distintos por una misma mercancía. Pero ya desde los comienzos del siglo XVIII anunciaba John Wesley, el fundador del metodismo, que como sus catecúmenos se distinguían en todas partes por su laboriosidad y economía, acabarían por enriquecerse, con lo que tendrían que afrontar los riesgos de orgullo, mundanidad y afición a los placeres que la riqueza trae aparejados.

Pues bien: la práctica de los donativos para servicio social ha surgido precisamente

de estos temores de John Wesley. Se da dinero para fines sociales, en primer término, porque la acción de dar es signo de la gracia, y también porque con ella se evitan los riesgos de la riqueza. Es verdad que la creencia teológica en que se funda esta conducta se está olvidando. El sentimiento formado por ella mantiene, sin embargo, su vigor. La religión de los Estados Unidos es hoy en día el servicio social. Que esta práctica pueda mantenerse largo tiempo sin el lema de «por la gloria de Dios», en que originalmente se inspiraba, no es ya materia que pueda esclarecerse en un artículo.

RAMIRO DE MAEZTU

(De *El Sol*, Madrid)

La escuela de servicio social

La jefe.-Una institución espiritual

Antecedentes

HE trabado conocimiento en estos días con una institución nueva que hay que señalar como una de las cosas fecundas del último tiempo, como un verdadero acontecimiento dentro del país.

En una casa de la calle Agustinas, cómoda pero no monumental, funciona la escuela más importante que acaso tenga Santiago en este año: la de SERVICIO SOCIAL.

Un poco más de cien alumnas de las tres clases sociales, (veinte a cuarenta años). El conjunto levanta el ánimo y hace pensar en la fusión de las clases, punto primero de cualquier obra que quiera hacerse en Chile, en esta hora. Es verdaderamente una escuela nacional, y si no alcanzara otra cosa que el haber seleccionado mujeres para que se conozcan, se amen y trabajen en conjunto, ya merecería bendición.

A raíz de la visita de M. René Sand a Santiago, y como diera a conocer en sus conferencias este tipo de escuelas belgas, el doctor Alejandro del Río obtuvo la creación de un establecimiento análogo. Se pidió al ilustre profesor belga que buscara en su país una jefe en cuyas manos seguras pudiera ser colocada la obra. La gestión, muy feliz, ha terminado con el contrato de Madame Jenny Bernier, que vive hace seis meses entre nosotros.

Es una mujer madura, llena del espíritu democrático de su raza; muy latina, es decir, perfectamente adaptable a nuestro medio. En sus breves meses de trabajo, ha adquirido casi enteramente la lengua. Se siente en ella, sin retórica altruista, un espíritu profundamente humano. Ha tomado moralmente posesión de lo nuestro, dándose cuenta cabal del pueblo, en sus vicios y en sus cualidades. Siente que ha venido a colaborar en la formación, tardía y apresurada, de una democracia. A traer de su patria las auxiliares que necesitaba, ha preferido buscarlas entre nosotros. Todo

esto realizado sin énfasis verbal y sin exigencia de millones, como corresponde a la ciudadana de un país pequeño en el cual se reemplaza en mucha parte en la obra social el dinero por el calor humano.

Su hoja de servicios de Bélgica es copiosa y muestra a una mujer, sin política, conductora de pueblo. Entre lo mejor que nos trae, está su independencia. De filiaciones no queremos en Chile en esta hora sino una clara filiación de honradez.

No sé si hay otros belgas que trabajen en nuestros servicios públicos; si madame Bernier es la primera, ojalá que haga tradición. El modelo que mejor conviene a Chile para sus diversas actividades, es el de los pequeños países ejemplares, el de Suiza, como el de Bélgica: sentido de igualdad, sentido de modestia económica.

El doctor Alejandro del Río sigue como patrono de la obra, y talvez su tino haya guiado a la directora extranjera en la elección del profesorado, que es excelente.

Ojalá que la obra iniciada en período de desorden interior, y puesta a salvo, sin embargo, de la mala política, no se malee en el régimen legal. Yo la miro como una de esas criaturas preciosas que pueden ser los ángeles guardianes de una masa ciudadana.

Los fines

La Escuela está formando Visitadoras Sociales. Es una nueva profesión femenina, y superará en nobleza a la misma del magisterio. Conviene que seleccione rigurosamente a sus alumnas, porque exige más condiciones morales que cualquier otra, y en ella la calidad del individuo importa mucho. Cuando digo selección, no aludo sino a la búsqueda de mujeres serias, con conciencia madura para la gran faena que se les encomienda.

La visitadora social trabajará en el bajo fondo del pueblo: va a enseñar prácticas de higiene; a procurar la legalización de la familia; a denunciar las fábricas insalubres; a divulgar el arte de la habitación modesta y hermosa; a hacer las casas para los niños vagabundos, a aconsejar a las instituciones de beneficencia que no tienen preparación técnica; a dirigir la lectura en el barrio popular y los juegos infantiles en las plazas que nos ha hecho Roxane.

El programa rico exige actividades tan variadas, que no están al alcance de cualquier niña de buena voluntad. Se necesita tanta actividad como cultura, y tanto fervor como organización; ha de formarse un grupo de mujeres superiores, y aunque no sea sino un grupo, removerá el suburbio de Santiago desde sus entrañas, mejor que un ejército de ganadoras de sueldos.

Palabras de la fundadora

Vale la pena copiar, del prospecto de la Escuela, algunas frases de madame Bernier:

«Las situaciones de la familia del pueblo son complejas: cada caso es un caso especial, distinto al de su vecino, por su naturaleza».

Es una gran verdad: no hay los pobres ni los obreros; hay el obrero A y el Z. El trato de este conjunto heterogéneo, la elección del modo, sólo puede darlos una sensibilidad femenina atenta y vigilante.

Adquirir influencia sobre el individuo con el fin de educarlo y modificar sus tendencias egoístas.

Para influir de este modo poderoso en los adultos, la visitadora estará dotada de una bondad permanente, de ese dinamismo que sólo da un corazón irradiante y de la sencillez absoluta que el pueblo ama y sin la cual no hay camino hacia su alma.

Enseñar el arte de la vida más sana, más feliz y más fecunda. Enseñar, pero no con las formas clásicas, sino por la sugestión del esfuerzo prestigioso, convincente, de una personalidad fuerte y cultivada, con el atractivo poderoso de una abnegación que se ignora a sí misma y que lleva un amor sano y fuerte, sin el cual toda enseñanza sería estéril.

En este admirable acápite, está como en una almendra cargada de aceite, toda la enjundia de la obra. No he exagerado cuando hablé de mujeres superiores; madame Bernier alude a personalidades. El bachillerato puede admitir mediocres y las admite abundantemente, pero la obra que señala la educadora belga es tan poliédrica, tan cargada de responsabilidades, que la niña mediocre cojearía a cada paso con semejante programa a cuestas.

Con la creación de una atmósfera así, en la cual las timideces se animan y las prevenções se acaban, la visitadora adquirirá influencia para sostener, guiar y aconsejar.

En estos dos acápites está el llamado que hace una extranjera a las mujeres del país. Oíganlo las cristianas, que son las que tienen más angustioso compromiso contraído con el pueblo desgraciado; y oíganlo también las que no son cristianas y han reemplazado el impulso de una fe con la razón.

Muy pocas veces se nos ha trazado un plan más nítido para que lo sigamos y se nos ha abierto una puerta más iluminada sobre la desgracia de la clase popular. Se llama a las mujeres a trabajar bajo la mano de una gran ordenadora. En las numerosas sociedades de beneficencia femeninas de Santiago, no faltan el empuje ni la generosidad, faltan los métodos; tenemos una caridad atolondrada, que gasta mucha fuerza en poca obra, una caridad un poco bárbara, preciosa en sí, pero que pide ser disciplinada.

Termina sus instrucciones a sus alumnas madame Bernier con este párrafo:

«Salida de la noche y del silencio eterno una niña de seis años, sorda y ciega, siguió de año en año sus progresos sorprendentes, convirtiéndose al fin en una mujer instruida, en una escritora de ingenio, cuyo nombre es conocido por el mundo entero; este prodigio de adaptación social es Hellen Keller».

Ha hallado la educadora belga un buen símbolo de nuestro pueblo en la ciega maravillosa. Como ella, el pueblo en los países donde la república ha sido ley

y no costumbre, es ciego y sordo; el trabajo sin alegría encallece su sensibilidad; la fealdad de la habitación empaña su ojo para mirar la belleza de la tierra y el encanallamiento que la miseria (no la pobreza) operan en el hombre, lo mantiene sordo al coro de la vida superior. Pero en su fondo, como en el de la ciega extraordinaria, está la posibilidad de liberarse y hacer la conquista de todos los dones de la vida, para los cuales los egoístas le creen inhábil e imposible.

El ambiente de la escuela

En seis meses se ha creado en el establecimiento una atmósfera escolar muy superior a la que tienen otros que cuentan años de vida. La jefe es profundamente respetada, sin que el respeto arrebatase la confianza. Las clases se desarrollan con paréntesis fecundos de visitas a fábricas y hospitales. No hay cansancio, y cuando se dice esto se ha dicho algo muy importante, se ha dicho que hay *trabajo dichoso*. La división en grupos para la labor fuera de la escuela, crea esa emulación sana que se ha perdido en nuestra enseñanza. La calidad de adultez de las alumnas, permite que en las clases se traten las fealdades de la vida, saliendo de la mojigatería que deshumaniza la enseñanza. Son mujeres puras que se enfrentan con la podre, porque la podre es el dolor, y hay que llegar hasta el dolor siempre.

Me han contado las alumnas algunos de los *casos que tratan*: uniones ilegítimas que delicadamente han conseguido legalizar; abandono de hijos por las madres, situaciones incestuosas del hogar.

Las he escuchado, conmovida por la elevación con que han tratado cada caso, y por el acento libre de malicia que dé repugnancia, con que exponían su experiencia. Nunca he sentido en una escuela como en ésta la maduración rápida de las conciencias y la sensación de que no se trabaja para un futuro remoto, sino para la hora siguiente.

Recursos

Aunque he alabado la modestia del local y de los materiales con que la Escuela trabaja, yo tengo que decir que una obra de tales proporciones merece del presupuesto mayores recursos que tres escuelas secundarias. Poco a poco ella irá haciéndose cargo de muchos servicios nuevos de beneficencia. Tiene derecho a los recursos más amplios para que no degeneren en una Escuela de beneficencia teórica, que quede en la triste categoría de «Academia de la Piedad humana». Cada empresa moral que acomete una alumna, exige dinero y la alumna suele ponerlo de su cuenta. Vendrá la formación de kioscos-bibliotecas; vendrán las casas cunas en los barrios que no las tienen; vendrá el establecimiento de lavaderos públicos para liberar a las mujeres de su patio encenagado; vendrán los biógrafos al aire libre y el internado de niños vagabundos. Sobre todo vendrá el aumento

de alumnas. Yo deseo que nos reste por lo menos una tercera parte de las bachilleras, esa fabricación en grande de burocracia, que hemos acometido tan bravamente!

Es para mí una honra señalar a la atención pública esta obra sorprendente, hecha en silencio, y que lava una hora manchada de nuestra vida civil.

GABRIELA MISTRAL

(De *El Mercurio*, Santiago de Chile).

El Gimnasio Obrero

HYER terminó sus labores escolares el Gimnasio Obrero, acertadamente dirigido por el señor Joaquín Pinzón Quijano y sostenido por un grupo de patriotas para quienes el anhelo de servir a las clases trabajadoras no se reduce a escribir artículos falsos y efusivos sino a prestar el apoyo de sus recursos y consejos en la preparación educativa de los niños que serán la fuerza de mañana.

Calcado hasta donde las circunstancias lo permiten sobre el modelo del Gimnasio Moderno, este otro Gimnasio para los hijos del pueblo ha adoptado, con un éxito que realmente halaga, los sistemas del doctor Decroly, y desterrando poco a poco la enseñanza mnemotécnica, ha entrado por el camino de los centros de interés, la observación directa, el contacto con la naturaleza y con la vida, en excursiones y visitas a fábricas e instituciones de las cuales se pueden derivar conocimientos sustantivos e indelebles.

El señor Pinzón Quijano es un devoto de la instrucción popular y ha puesto en la labor docente sus conocimientos y el alma. Un grupo de chiquillos animosos, que apenas pasan de veinte, atestiguan la eficacia de los sistemas a que el director del Gimnasio ha recurrido para despertar y vigorizar su inteligencia, estimular su atención y robustecer su carácter. Alegres todos, consagrados con empeño a sus tareas, dóciles y entusiastas, presentaron trabajos que sorprenden por lo que significan como realización y como iniciación para las labores más arduas.

Tuvimos el placer de escuchar en la sesión de clausura las palabras emocionadas de los padres de familia, que haciéndose intérpretes del sentimiento general, expresaron su satisfacción por los progresos de sus hijos y su profunda gratitud hacia los caballeros que han contribuido al mantenimiento de la institución que, en pequeña escala empezada, está llamada a halagadores destinos. Actualmente, y a pesar de las deficiencias que no podrá subsanar sino un apoyo más extendido, es un pequeño foco de bondad y de cultura. Pudiéramos decir que es un ensayo, pero un ensayo que merece imitación y que por lo tanto habrá de generalizarse.

Es dulce y honda para un espíritu democrata esta fusión con el pueblo, hecha al margen de la política, sin palabras de lisonja y sin propósitos electorales. Allí no van a

enseñar nada ni a suministrar un consejo o un centavo los agitadores habituales, que enternecen hablando de la triste condición de los humildes desde los tinglados de la plaza pública. La labor del Gimnasio es silenciosa pero duradera, hecha de buena fe y con el calor de quienes sienten que en las clases populares existen aptitudes que habrán de contribuir al mejoramiento y a la dicha de la patria colombiana.

En redacción, en trabajos manuales, en comprensión de las materias a que dedicaron la atención, revelaron los niños extraordinarias dotes que invitan al cultivo de sus inteligencias. Sólo falta que los padres sean constantes y que no se dejen seducir por los míseros centavos que un niño ganaría en cualquier trabajo rudimentario fuera de la escuela, para que conservándolos en ésta el tiempo indispensable encuentren luego en ellos la ayuda verdadera. Ningún sacrificio está llamado a dar mayores rendimientos que el del padre que retarda el aprovechamiento de sus hijos en la formación del presupuesto de familia, mientras adquieren las nociones necesarias para que luego, bien armados, desciendan a la lucha. Lo demás es engaño, que apenas podrá darles flores enfermizas y frutos de tristeza.

Para el año entrante, reorganizada y vigorizada la Junta Directiva, si se le puede dar cima al propósito de establecer la escuela en el campo, no muy lejos de la ciudad, para que los niños no tengan dificultad en concurrir a ella, pero lo suficientemente alejada de las calles mefíticas para que en otro ambiente se desarrollen mejor cuerpos y almas, el Gimnasio podrá acrecentar los excelentes resultados de su labor y llevar la luz inextinguible a los hogares de muchos seres buenos, que sufren en su indigencia por la falta de oportunidades para educar a sus hijos. Si un número igual al de los caballeros que hoy apoyan al Gimnasio Obrero se reúne y resuelve crear otra escuela semejante, poco a poco el contagio ejemplar se irá extendiendo e iremos todos contribuyendo a formar generaciones más nobles y más útiles. Sirva por lo pronto el ejemplo del Gimnasio Obrero, y vayan para su director, señor Pinzón Quijano, nuestras palabras de aplauso!

L. E. NIETO CABALLERO

(*El Tiempo*, Bogotá).

Nosotros

Revista mensual de Letras, Arte, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales.

Fundada el 1.º de Agosto de 1907

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI — ROBERTO F. GIUSTI

Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

Dirección y Administración: LIBERTAD N.º 543.

Suscripción anual: \$ 15.00 m/n.

Exterior. » 7.00 dólares.

BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA

OTRO elocuente ejemplo — el de los franceses en Siria— de la pretendida superioridad del Occidente sobre el Oriente! Es la elocuencia del cañón, de la justicia *manu militare*, que, en efecto, convence a los orientales, pero es de que ellos no necesitan de una civilización que así los trata. No debe sorprender que un hombre como Ghandi haya acabado por condenar toda colaboración de la India con el dominio inglés y que contemple en la civilización europea la cifra y compendio de todos los males humanos.

Lo cierto es que el Occidente no comprende al Oriente. No lo comprende en la India, ni en la China, ni en el Egipto, ni ahora en Siria. No comprende que la fuerza bruta es una categoría ya superada por las viejas civilizaciones orientales. Ni la quieren para imponérsela a los demás ni la aceptan cuando los demás tratan de imponérsela. Al cabo de una historia multimilenaria, los orientales repudian las relaciones de fuerza entre los hombres, por indignas para su dignidad y por inútiles para su conservación. Lo que se llama decadencia de una civilización acaso no sea más que este supremo convencimiento de que la fuerza envilece y es estéril. Un último postulado ético, que de momento entrega los hombres y los pueblos que han aprendido su elevada práctica, por inermes, a las civilizaciones más jóvenes y más bárbaras, moralmente inferiores, aunque más aptas en las técnicas de la destrucción y la muerte; pero que, a su vez, les impide caer en la servidumbre resignada.

Este es el gran error de Europa: no ver que algunas civilizaciones del Oriente habían logrado una mayor perfección

Damasco y la civilización

moral que la suya. Hallándolas indefensas, ha creído que era fácil dominarlas. Ha confundido su pasividad ultracivilizada con su degeneración. Pero el hombre civilizado de Oriente es extremadamente sensible a la injusticia, mucho más que el propio europeo. El occidental siente la injusticia que se comete contra él, pero rara vez como una realidad objetiva, que ultraja, en la persona de la víctima, a todos los demás hombres. El occidental cuando puede, devuelve la injusticia al mismo que se la infiere, por aquello de que donde las dan las toman. Es más vengativo que justiciero. El oriental siente la injusticia en sí, impersonalmente, como un daño que, en él, se inflige a toda la humanidad. Por algo todas las grandes religiones, que tienen como último fundamento una idea de justicia universal y absoluta, han nacido en Oriente.

Esta aguda sensibilidad a la injusticia de la fuerza sin derecho ni discriminación puede conducir a ese tipo de fanatismo oriental que en Europa se juzga despectiva, pero ligeramente, porque es, en su esencia, la forma externa de alguna gran idea moral. Y la terrible paradoja de la torpe civilización europea es que con sus incomprendiones y brutalidades está despertando en todo Oriente sentimientos y anhelos atávicos: el placer defensivo de la fuerza y sueños de nacionalidad. Lo está retrotrayendo a conceptos y tipos de existencia histórica que había abandonado por inferiores. Lo está rejuveneciendo, descivilizándolo, orientalmente, y civilizándolo al modo occidental. Es decir, armándolo a su manera, brutalizándolo, bar-

barizándolo, acaso preparando a su más enemigo mortal de mañana. El peligro amarillo y otros peligros raciales están más en Occidente que en Oriente. Aquí, en Europa, están su escuela, sus métodos, el máximo ejemplo de brutalidad.

He aquí el caso de Siria—la última muestra de incompreensión psicológica,—tal como lo ha revelado el corresponsal del *Times* en Damasco, mientras la prensa de París callaba con unánime complicidad. Todo el lamentable episodio es un encadenamiento de torpezas, empezando por la inicial, que fué querer cumplir el mandato de la Sociedad de Naciones entrando a sangre y fuego en la región de los drusos, que es algo así como el Rif sirio. Poblada por una raza que siente la independencia de sus montañas con un fanatismo en que lo civil se confunde con lo religioso, no hubiera sido difícil, sin embargo, según el corresponsal del *Times*, largo y penetrante conocedor de los países árabes, atraerla a una pacífica colaboración con Europa. No se hizo así «debido al fracaso en apreciar su aspecto psicológico y al persistente empeño en avanzar con arrogancia sobre una raza famosa por su orgullo y su virilidad. Tratados debidamente, los drusos se hubieran convertido, sin ninguna fuerza, de ser una seria amenaza—los franceses no han afincado de ningún modo en el Yebel,—en aliados, y automáticamente se hubiera resuelto el problema de la pública seguridad interior».

A esa torpeza psicológica, origen de los desastres sufridos por Francia, han seguido otras

no menos graves: la torpeza de pasear sobre camellos por las calles de Damasco los cadáveres de unos supuestos bandidos (¿bandidos o guerrilleros? ¿No creería también Napoleón que eran bandidos los guerrilleros españoles?), ofendiendo con la macabra cabalgata el sentimiento religioso que a los árabes les inspiran los muertos, así hayan sido los más feroces criminales; la torpeza de bombardear la ciudad de Damasco como castigo de un motín de otros supuestos bandidos que empezaron a tomar ropesalias por lo de los cadáveres en camello; la torpeza de haber abandonado en la ciudad bombardeada a todos los europeos y americanos que en ella residían, menos los franceses, puestos a salvo a tiempo, dando lugar a que hubiera de proteger a los primeros la propia población árabe y a que el *Times* cierre con este broche un artículo de fondo dedicado al asunto: «Es un triste relato (el de su corresponsal), sin más consuelo, para quienes conozcan y admiren la aristocracia árabe de esa ciudad, que la noticia de que en el momento más crítico se condujo de una manera digna de sus antepasados». No necesita comentarios este hecho de que los propios árabes bombardeados dieran la más alta prueba de humanidad en el instante mismo en que se comportaban con la máxima incivildad los encargados por Europa de poner de manifiesto las excelencias de su civilización en Oriente. ¿No sería más lógico conceder a esos habitantes de Damasco un mandato civilizador en algunos países europeos? Brindamos la idea a la Sociedad de Naciones.

LUIS ARAQUISTAIN

(*El Sol*, Madrid).

Estudios

Revista bimensual de estudios sociales
Órgano de la Secretaría de Educación
Pública de Panamá

Director Fundador:

DOCTOR OCTAVIO MÉNDEZ PEREIRA

Jefe de Redacción: Licenciado MANUEL ROY

Administradores:

ALBERTO L. RODRÍGUEZ y AGUSTÍN FERRARI

Apartado de correo, N° 320, Panamá

Número suelto: un colón.

Se aceptan suscripciones en la Librería ALSINV

No es el "Repertorio Americano" revista de círculo; es tribuna abierta a los cuatro vientos del espíritu. Por lo tanto, los colaboradores que hallen acogida en sus columnas, opinan con suma libertad. Sin que esto implique que su editor haga propias las opiniones ajenas o se haga responsable de las mismas.

Revista de Oriente

Órgano de la Asociación Amigos de Rusia
\$ 0.10 el ejemplar.

Subscripción anual \$ 1.00 oro.

Sarmiento 2616. Buenos Aires

Revista de Filosofía

CULTURA - CIENCIAS - EDUCACIÓN

Publicación bimestral dirigida por

JOSÉ INGENIEROS y ANÍBAL PONCE

Aparece en volúmenes de 150 a 200 páginas.

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de cada especialización científica.

Suscripción anual: 10 \$ moneda argentina
Exterior:» 5 \$ oro.

Redacción y Administración: BELGRANO 475
Buenos Aires

LA DEMOCRACIA EN AMERICA

Un veto presidencial

No sólo en los regímenes más o menos dictatoriales son posibles exageraciones en el ejercicio del Poder. Existe igualmente el peligro de una acción abusiva parlamentaria, ya que no han de ir forzosamente unidos dictadura y unipersonalismo. Frente a los abusos de esa posible tiranía parlamentaria se han creado instituciones que tienden a neutralizarla. Así acontece con el veto presidencial en los Estados Unidos de Norteamérica; el presidente, cuando ejercita el derecho de veto, actúa en nombre de la gran masa del país y para salvaguardar los intereses amenazados de sus conciudadanos. Tal derecho de veto se practica en otras Repúblicas americanas. Una de ellas es Costa Rica, República que puede citarse como modelo. En Costa Rica no existe el analfabetismo; el presupuesto de gastos más reducido es el del departamento de Guerra; figura, en primer término, el departamento de Fomento; después, el de Cultura, y en último término, el de Guerra. Costa Rica cuenta con dos ejércitos desiguales: uno, la armada de maestros, que han eliminado definitivamente el analfabetismo de aquellas tierras, lo constituyen 1.200 componentes; el otro ejército, integrado por soldados, no pasa de 800 unidades. Así se explica que Costa Rica haya alcanzado un grado de cultura que para sí quisieran muchas naciones europeas.

Una República dotada de tales características forzosamente ha de enfocar los problemas políticos con aquella objetividad serena que es propia de pueblos libres. Si a veces el Parlamento intenta agravar disposiciones legales que son garantía de libertad, tal propósito tropieza con la oposición del presidente, que, como primer ciudadano de la República, defiende los derechos esenciales de sus conciudadanos.

Existía en Costa Rica una ley, la de 12 de julio de 1902; se refiere a las penalidades en que incurren los autores de delitos de injuria y calumnia. Digamos que tales delitos no se dan en Costa Rica en el orden privado; casi siempre tienen finalidad política; generalmente es el presidente de la República blanco de esas tendencias delictivas. Juzgaba el Congreso de San José que la ley de 1902, por su exagerada benignidad, favorecía la comisión de delitos de injuria y calumnia; para evitarlo, propuso su enmienda agravando las penas en que incurran los autores de los delitos mencionados y agravándolas de un modo acusado.

La ley votada por el Congreso, con arreglo a la Constitución, debe ser

aprobada por el presidente. En este caso, el voto del presidente, posible víctima de las acciones delictivas de los injuriadores, tiene un valor moral considerable. Aprobar la ley enmendada equivalía a terminar con los calumniadores en el orden político. Pero en el presidente de Costa Rica pudo más otra preocupación: la necesidad de no agravar penalidades, por estimar que las decretadas por la ley de 12 de Julio de 1902 son suficientes.

Es de interés reproducir los párrafos en que se apoya el veto presidencial a la iniciativa del Congreso: «Para los hombres públicos, y sobre todo para los que estamos en puestos públicos, como depositarios del Poder, será muy ingrata la lectura de publicaciones calumniosas o denigrantes, pero lo que es daño para nosotros es bien para el buen manejo de los negocios públicos. Entre tantos sacrificios como debemos estar prontos a ofrecer a nuestros conciudadanos, el menos grande me parece que es el de nuestro amor propio, lastimado por publicaciones hostiles».

Al presidente de Costa Rica, no obstante la elevación de las palabras reproducidas, no puede ocultársele que la calumnia y la injuria lanzadas siempre dejan rastro, sobre todo en las personas más o menos patológicamente inclinadas a la malevolencia. A esa preocupación replica victoriosamente este admirable ciudadano de Costa Rica, que se llama Ricardo Jiménez. La calumnia es planta que precisa para vivir de dos elementos: libertad restringida, facultad de expresión captidisminuida por la censura. En Costa Rica el ciudadano es libre; con libertad puede expresar su pensamiento; en países donde esa claridad reina, el calumniador político no encuentra ambiente; la calumnia dirigida a los hombres públicos suele nacer en los regímenes de excepción, en los cuales las comprobaciones son difíciles.

Ahora bien; ¿cómo debe acoger el hombre de Estado las imputaciones calumniosas? Pura y simplemente despreciándolas. La Historia sentencia a largo plazo; éxitos aparentes y episódicos suelen morir cuando sobre ellos ha resbalado el tiempo; deméritos hijos de la maledicencia mueren fatalmente al sucederse los días. Así, el presidente Ricardo Jiménez recuerda algo relacionado con Washington, cuando escribe al explicar su veto: «Por otra parte, eso de que las pa-

labras difamatorias del libelista dejan cicatrices afrentosas, me parece que es fruto de una preocupación a la que los hechos no prestan su apoyo. Washington fué víctima de ataques brutales. Ahora se le llama el Padre y en sus días se le apellidó Padrastro de su país. Se publicaron cartas falsificadas para probar que había estado a punto de traicionar la causa de la revolución. Decían que meditaba hacerse rey, y lo acusaban de ladrón, imputándole que retiraba de la tesorería federal más de su sueldo. Washington fué el hombre más insultado, en su tiempo, por la prensa, y, sin embargo, el más respetado entonces y después».

El presidente Jiménez, basado en las precedentes consideraciones, opone su veto a la ley votada por el Congreso. Así procede el primer ciudadano de una venturosa República centroamericana, donde el analfabetismo no existe, que cuenta con 1.200 maestros y 800 soldados; República minúscula si se tiene en cuenta los habitantes que la pueblan—unos 500.000—; pero grande por sus concepciones, admirable por la labor cultural realizada, que tiene la fortuna de contar entre sus ciudadanos a hombres de la estirpe moral e intelectual del presidente Ricardo Jiménez.

CAMILO BARCIA TRELLES

(De *La Libertad*, Madrid).

Noticia.—El señor Barcia Trelles es un distinguido Profesor de Derecho Internacional en la Universidad de Valladolid, España. Colabora a menudo en *La Libertad* de Madrid, excelente diario de vanguardia. Es uno de los mantenedores de la importante Sección de Estudios Americanistas de la citada Universidad. Hace poco recibimos de él una obra de mucho interés, de la que haremos algunos extractos para este semanario: *El imperialismo del petróleo y la paz mundial*, Universidad de Valladolid, 1925.

Texto del veto a que antes se refiere el Sr. Barcia Trelles

CONGRESO CONSTITUCIONAL:

Os devuelvo el decreto N° 88 de 29 del mes anterior, para que, en lo referente a los delitos de imprenta, os sirváis reconsiderarlo. El Congreso restablece la ley de 12 de julio de 1902, en cuanto a la jurisdicción y procedimientos prescritos por aquella ley, pero la deja derogada en cuanto a las penas y a la fijación de los responsables de tales delitos. Es decir, el Congreso estima que la ley de 1902 es buena en cuanto

atribuye a la Corte de Casación el conocimiento de las causas por tales delitos y establece el juicio oral y público en el juzgamiento; pero mala por su lenidad. Eso significa que, en concepto del Congreso, esta especial delincuencia ha venido progresando de un modo alarmante, y que la ley de 1902 no ha sido dique que contenga la creciente que se desborda de injurias y calumnias, por lo cual precisa levantar un dique más alto. Permitaseme disentir de esa apreciación de los hechos. El número de acusaciones, de 1905 a 1924, puede servir de buen indicador de los delitos de imprenta. La estadística es la siguiente:

1905 Causas incoadas.....	24
1906 » »	35
1907 » »	8
1908 » »	19
1909 » »	51
1910 » »	19
1911 » »	50
1912 » »	37
1913 » »	35
1914 » »	19
1915 » »	12
1916 » »	21
1917 » »	7
1918 » »	2
1919 » »	14
1920 » »	19
1921 » »	24
1922 » »	17
1923 » »	28
1924 » »	14

De esta estadística se desprende que la delincuencia no crece; y más bien, en lo general decrece. ¿Entonces, por qué han de crecer las penas? Se dirá que para que los que delinquen, aunque sean pocos, reciban su condigno castigo; y que éste debe ser pesado para que contrapesese el daño a veces hondo e irreparable, que cause, en el buen nombre de muchos hombres públicos, la difamación injusta. Permitaseme, también, disentir de ese parecer. Para los hombres públicos, y sobre todo para los que estamos en puestos públicos, como depositarios del Poder, será muy ingrata lectura la de publicaciones calumniosas o denigrantes, pero lo que es dañoso para nosotros es bien para el buen manejo de los negocios públicos. Entre tantos sacrificios como debemos estar listos a ofrecer a nuestros conciudadanos, el menos grande me parece que es el de nuestro amor propio, lastimado por publicaciones hostiles.

Por otra parte, es de que las palabras difamatorias del libelista dejen cicatrices afrentosas, me parece que es fruto de una preocupación a la que los hechos no prestan su apoyo. Washington fué víctima de ataques brutales. Ahora se le llama el Padre, y, en sus días, se le apellidó el Padrastrero de su país. Se publicaron cartas falsificadas para probar que había estado a punto de traicionar la causa de la revolución. Decían que meditaba hacerse rey; y lo acusaban de ladrón, imputándole que retiraba de la Tesorería Federal más de su

suelo. Washington fué el hombre más insultado, en su tiempo, por la prensa, y, sin embargo, el más respetado entonces y después.

Sabido es que conforme a la ley de imprenta de 1902, la pena de arresto en su grado medio (21 a 40 días), era la que se imponía a los responsables de un delito de calumnia o injuria, cometido por medio de la prensa. Ahora bien, según el Código vigente, las penas pueden ser, si la condena es por injuria, multa de ₡ 1051-00 a ₡ 2430-00, o confinamiento de 3 años, 8 meses y un día a 6 años y 10 meses, o destierro de 2 años, 3 meses y un día a 3 años y 5 meses; y si por calumnia, multa de ₡ 1741-00 a ₡ 3120-00, o prisión de dos años, 1 mes y 1 día a 5 años y 3 meses, o confinamiento que puede durar de 5 años, 3 meses y un día a 6 años y 10 meses. La reagravación de la penalidad ha sido enorme. La mudanza es muy seria si se tiene en cuenta la facilidad con que un escritor puede quedar preso en la red del artículo 279 del Código Penal que define el delito de injuria en los siguientes términos: «El que atribuye a una persona o a una corporación o sociedad, directa o indirectamente un hecho, una calidad o una conducta que sin constituir delito de acción pública perseguible a la sazón, pueda perjudicar el honor, la reputación u otro interés de dicha persona, o de las personas que formen o representen la corporación o sociedad, así como el que lanzare contra otro una expresión que implique menosprecio o ultraje, serán culpables de injuria grave».

¿Se justifica la reagravación de penas que se intenta? Me atrevo a pensar que no. Las injurias y calumnias, por medio de la prensa, pueden dividirse en dos grupos: o son víctimas de ellas particulares; o son hombres públicos, ofendidos en ese carácter. Los delitos del primer grupo son muy raros entre nosotros. La sociedad repele las publicaciones en que se difama a las personas, en el dominio de su vida privada; y esa repulsa es el mejor freno contra esa clase de difamadores. La ley de 1902 lleva de existencia casi un cuarto de siglo; y si ella ha sido bastante defensa de la inviolabilidad de la vida privada, no se ve la necesidad de reagrar sus penas.

La delincuencia común, en esta clase de delitos, es la relativa a publicaciones políticas. En los países en los cuales no hay verdadera libertad de imprenta y libre discusión de los negocios públicos, no extraño que se crea que las injurias o calumnias, contra los funcionarios públicos o los hombres políticos, tengan gran resonancia y vida en la opinión pública y causen males muy grandes contra la buena fama de los ofendidos; y que aun se crea que no reprimir con mano dura las difamaciones es poner en peligro la paz y el régimen político del país. Pero en Costa Rica, donde la libertad de imprenta está bien afianzada, esas graves consecuencias apuntadas no existen. Dice la leyenda religiosa que la lanza con que se hirió a Cristo curaba las heridas que hacía. Eso también podemos re-

petirlo aquí, con respecto a las injurias y calumnias de la prensa. Con el ejercicio de la libertad de imprenta, el pueblo costarricense ha desarrollado su espíritu crítico; y, por eso, cuando leemos una publicación vulgar, soez, enconada, sin otro valor que el de la injuria y el de la saña, con repugnancia echamos a un lado el papel y procuramos olvidarlo cuanto más antes. Otras veces, cuando se trata de leer cargos, como estamos acostumbrados a que se pregonen muchos que son supuestos, después de leer el artículo nos contentamos con decir: «Ahora hay que oír al ofendido», y suspendemos nuestro juicio. Aquí, la prensa, por sí sola, por laudatoria o agresiva que sea, ni hace ni deshace reputaciones políticas. Presupuesto lo dicho, no veo la conveniencia de acudir a represiones draconianas. El régimen de la ley de 1902 me parece que basta. Esa ley se inspiró en la idea de que el mal que pueden producir en la buena opinión y fama, las imputaciones falsas esparcidas por la prensa se deshace en la claridad de la Sala de Casación; y de que el estigma de una sentencia condenatoria y la humillación del simple ingreso del reo en una prisión, para descontar una pena de arresto, por breve que sea, es castigo suficiente para el que difama, y, con mayor razón, para el mero insultador. Las penas del Código nuevo, en esta materia, tienen otra inspiración; y más bien parecen dimanar de la idea de venganza, de todas las razones de penar, la menos en consonancia con la suavidad de nuestras costumbres.

El excesivo rigor del Código ofrece, además, un grave riesgo. Cuando las penas son excesivas, los jueces, que son hombres antes que jueces, se resisten, cuanto pueden, a ser verdugos; y reos que serían condenados, siendo la pena humana, salen absueltos, cosa nunca deseable, desde el punto de vista social. De modo, que si hay que aplicar las leyes del Código Penal reciente, o caemos en la impunidad, o llegamos a un régimen de dureza excesiva, que vendrá a ser en lo político, en ocasiones, una mordaza de la prensa y un cercenamiento de la libertad de la misma, que es el paladín de todas las que constituyen la República.

La nueva ley que se propone tiene otro inconveniente. Según la de 1902 eran responsables, de los delitos de prensa, conjuntamente los autores de la publicación y los editores de lo impreso; y a falta de estos últimos, el director y dueño o arrendatario de la prensa de donde hubiera salido la publicación. Conforme al Código flamante, los dueños o tenedores de la imprenta son irresponsables. Sobre esa innovación me arrimo al juicio expresado por la Corte de Casación, en una de sus sentencias, concebido en los siguientes términos:

«No piensa, sin embargo este Tribunal, que la ley haya sido sensata y prudente en suprimir la responsabilidad subsidiaria del dueño de la imprenta, no es lícito comerciar con la calumnia y con el insulto de manera impune. El dueño de una imprenta debe ser obligado a vigilar para que toda publicación

esté respaldada por la firma de un autor responsable, y de un autor cierto. Esto pareciera estar, además, dentro de un sentido de conveniencia para la prensa, puesto que contribuiría a su crédito moral. Una publicación difamatoria hecha sin firma cierta que de ella responda, podrá gustar momentáneamente al paladar escandaloso de algunas gentes, pero resta seriedad a la empresa tipográfica, pervierte la misión intelectual y moral de la prensa y produce en el espíritu de las personas desapasionadas y juiciosas el efecto de negarle su fe a las publicaciones de tal clase. Alguna responsabilidad

moral y penal debe tener quien, dueño de una empresa de publicaciones, aspira a constituirse en porta voz y propagador de la opinión pública. No ha de bastar, para tan alto fin, haber conseguido manera de comprar o tomar en arrendamiento una máquina para imprimir. De otro modo será frecuente el agravio al honor y dignidad de las personas, escapando de toda sanción con sólo que los editores y directores del impreso oculten sus nombres o los reemplacen con el del dueño de la imprenta».

La justa proporción de las cosas me hace pensar que la nueva ley peca, en un punto,

de dureza innecesaria, y, en otro, de una lenidad sin fundamento. Estoy con la antigua ley.

Ruego al Congreso meditar, si lo tiene a bien, sobre estas observaciones; y mi complacencia sería muy grande si mis ideas hallaren eco en ese recinto.

Casa Presidencial, a ocho de agosto de 1925.

RICARDO JIMÉNEZ

(De *La Gaceta*, San José, Costa Rica, 11 de agosto de 1925).

EN Granada la bella, vivía Angélica con su padre Juan de Florencia, así llamado porque nació en la Ciudad del Lirio Rojo, a las orillas del Arno.

Finalizaba, con el siglo, el imperio de los árabes en España. Sólo el virtuoso Macer había sabido descifrar en los avisos del cielo, que es como nombran los alfaquiles a los signos del tiempo, que, en breve, entre las rosas de la Alhambra, iba a morir Alá. Así lo dijo al viejo rey Abul Hacen, bajo las áureas filigranas del propio Alcázar: «Las ruinas de este pueblo caerán sobre nuestras cabezas. Permita Mahoma que me engañe, pero el ánimo me da de que el fin de nuestro señorío es llegado». Y sin escuchar los consejos del anciano, continuaban los encendidos odios de los padres y de los hijos, que más que en las enseñanzas del Corán, bebían en copas de oro el vino que enloquece a los dominadores. Entretanto, desde Sevilla, atizaban la discordia musulme, con astutas promesas, Fernando el maquiavélico y la católica Isabel, quienes ya habían clavado en la torre arábica de la Giralda, el pendón de los castillos y de los leones rampantes.

En el barrio de los cristianos, Juan de Florencia parecía un artista del Renacimiento. Su hija Angélica, cuyos años eran como los quince pétalos de una flor, embalsamaba el taller de su padre con la gracia primaveral de una virgen de Sandro Botticelli. Leve, como los pañuelos que tejía en su rueca, blanca como los marfiles a que el artifice daba contornos de mujer, era Angélica, la hija de Juan de Florencia, el de las barbas de plata, y de Rosario la toledana, que se durmió en la paz del Señor, dejando por herencia a la niña de los ojos color de avellana y los dorados bucles, su belleza, sus virtudes y su fe en el Dios de los cristianos.

En Toledo aprendió Juan de Florencia a damasquinar el acero; en los conventos de dominicos, el simbolismo de las iniciales de las Biblias

Las divinas personas

Cuento del Espíritu Santo ¹

incunables y el de la flora de los facistoles; con los judíos, a tallar las piedras preciosas. De su trabajo de perfumista, vivía en Granada; pero era su ocupación predilecta pintar en pergamino los tercetos de la *Divina Comedia*, cuyo sentido recóndito aspiraba a revelar por medio del color, según el sentido místico del canto. En un silencio de ofertorio indagaba Juan de Florencia el color de los cantos del Paraíso, que debía ser como la luz de un infinito azul, recogida por sus finos pinceles. Fué así, por ahondar en los secretos del poema, como Juan de Florencia conoció a ben Alahmar, que era erudito en letras antiguas y modernas, y con los muzárabes, que habitaban Granada, el más tolerante de los mahometanos.

En un sillón de cuero cordobés, solía sentarse Angélica a leer la *Vita Nuova*, del mismo Dante Alighieri, que reposaba cual un ramo de jazmines en la pulpa diáfana de sus dedos. Así la encontró ben Alahmar, cuando por vez primera vino al taller de Juan de Florencia, de donde, y desde entonces, al salir el joven sarraceno, de aquilino perfil, suspiraba al pensar que entre él y la cristiana se alzaba terrible el alfanje de Alá.

Y desde aquel día también, cuando por las tardes paseaba Angélica con su padre, por los alrededores del Generalife, tímida miraba hacia los laureles de la Alhambra, bajo los cuales con frecuencia ben Alahmar meditaba. Nunca como entonces había percibido la música de las aguas por el declive de los arrayanes.

Como la sintiera una tarde desfallecer apoyada en su brazo, díjole Juan:

1. Véanse en los dos números anteriores: *Cuento del Padre* y *Cuento del Hijo*.

—¿Qué tienes, hija mía? ¿Es el crepúsculo el que te hace mal, o es que te han enfermado los perfumes?

—No se, padre,—balbuceó Angélica.—E inclinando la cabeza sobre el hombro del viejo artista, volvió de nuevo los ojos hacia la Alhambra, delicada como un encaje de piedra en el atardecer violeta. Pero no vió a ben Alahmar.

Sosteniendo a su hija por la cintura, cual un trémulo junco, bajaron por las bermejas calles de Albaicín hasta el barrio de los cristianos. En el taller, ya en sombras, se sentaron taciturnos. Pero Juan de Florencia pensaba en el matiz de cobre oxidado que quería dar a una mayólica y Angélica en ben Alahmar. Y como ben Alahmar suspiró, pero porque entre el amado y ella se alzaba la cruz de Jesucristo.

Se hicieron cotidianas las visitas de ben Alahmar al taller de Juan de Florencia. Discurría ben Alahmar, con el sutil ingenio de su raza, acerca de las reminiscencias musulmanas que se encuentran en el poema de Dante. Por su parte, Juan de Florencia creía haber acertado en su interpretación pictórica del Infierno y el Purgatorio, pero en vano solicitaba en los pomos de colores la vibración luminosa de los tercetos etéreos del Paraíso; lo que, un poco engreído de su pincel, atribuía más que a propia incapacidad de artista a no haber penetrado el pensamiento de Alighieri. De ese modo prolongaba sus conversaciones con ben Alahmar, respecto a aquella parte de la obra en que el alma llega a su vértice espiritual.

Con la barbilla apoyada en la concha de su mano, atendía Angélica a las citas de los libros arábigos que ben Alahmar compulsaba con la *Divina Comedia*, en la cual a su vez ben Alahmar aspiraba el aroma místico de una fe que no era la suya, pero que, a su pesar, le penetraba como incienso por los calados arabescos de una mezquita cerrada.

E intrincándose en complicadas exégesis, argumentaba ben Alahmar, arre-

batado por su ardiente imaginación oriental:

—La paloma que, para nosotros, es el arcángel que en secreto hablaba a Mahoma, es para los poetas la encarnación de la belleza inmortal, para los filósofos el desconocido hábito de la vida universal. Es el Espíritu Santo, para vosotros cristianos, el Paráclito, el Dios deshumanizado, libre de vestiduras humanas, el alado símbolo de la máxima trasfiguración de la Divinidad.

Y la alegoría columbina iba tendiendo un hilo invisible entre el alma de Angélica y la de ben Alahmar.

Pero un día hubo de descender ben Alahmar de su Paraíso, que no ya en el jardín de las huríes estaba, sino en los ojos de Angélica, pues cuarenta mil infantes asediaban la ciudad y diez mil caballos de las huestes de Gonzalo de Córdoba rompían con sus cascos vencedores la vega de Granada la bella. Les opuso Muza ben Abil Gazan, famoso capitán del rey Boabdil el chico, veinte mil mancebos y entre ellos a ben Alahmar.

Trabóse la batalla, y a poco, como si la tierra se cubriera de claveles, toda la vega se empurpuró de sangre. Y en un carmen granadino, herido por los arcabuceros de Isabel y Fernando los católicos, se desplomó moribundo ben Alahmar. Un velo de carmín cubrió sus ojos, y, en trance de agonía, vió a Angélica, como la Beatriz de Dante, en el cielo de su Dios. Y en el estrépito de los atambores y el piafar de los corceles, en la furia del combate, nadie oyó esta su postrera invocación:

—¡Alá, Dios de mis abuelos, te di mi sangre, pero mi vida es de Angélica. En el cielo prometido a los cristianos he de esperarla. Alá, perdóname. Jesús, ábreme las puertas de tu Paraíso!

Llegó el sol a su ocaso y antes de hundirse en lontananza, incendió con sus rayos a la ciudad amedrentada. Como un león herido, y seguido de sus jeques, retornó Muza a Granada. Cruzado en la roja gualdrapa de un caballo de ligeras ancas y flameantes crines, reposaba el cadáver de ben Alahmar. Goteaba sangre su frente, sobre el suelo maternal, mientras sus pupilas, cuajadas por la muerte, parecían buscar en la Vía Láctea, en la inmovible serenidad de la noche estrellada, los senderos del Dios de Angélica la cristiana.

Después que los arcabuceros de sus hermanos en Jesucristo habían muerto a ben Alahmar el bien amado, ya no fué Angélica un marfil. Fué nardo, espuma, botón de lino que el viento deshacía. Suave como la de una paloma, fué su lenta agonía

de amor immaculado. Y en un gemido, desde su corazón virginal, así invocó a su Dios, con aliento apenas perceptible:

—¡Jesús, Dios de mis abuelos, mi vida es tuya, pero mi alma es de ben Alahmar. En el cielo que Alá tiene prometido a los suyos he de hallarle. Jesús, perdóname. Alá ábreme las puertas de tu Paraíso!

Y como blanca nubecilla fué Angélica, cuando Juan de Florencia, el de las barbas de plata, la palpó exánime, como la perfecta obra de arte que mortal alguno puede realizar...

Volaba el Espíritu Santo a las puertas del cielo, donde ben Alahmar, en espera de la amada, bebía las linfas del Leteo, que tienen la virtud de hacernos perder el recuerdo de los pecados. En tanto Angélica aguardaba al amado en el maravilloso jardín islámico de las arenas perfumadas, que riegan también dos ríos, cuyas aguas diamantinas limpian los corazones de impurezas terrenales. Allí, donde las doncellas dan la bienvenida al esposo, estaba Angélica en espera de ben Alahmar. Acaso ya Alahmar trepaba la montaña de jacinto, después de atravesar la llanura del Purgatorio, que es la cima del Paraíso prometido por Mahoma a los hijos de Alá. Lejos se escuchaban, balanceados por los céfiros, el gorjeo de los pájaros, el canto de las huríes y el rumor armonioso de los árboles cargados de pomas.

Las huríes, que al són de guzlas tañidas por querubes, se bañaban en fuentes cuyo fondo era de menudas perlas y de polvo de rubí, vieron volar una paloma que con sus candidas plumas rozaba sus carnes des-

nudas. Corrieron tras ella, pero en sus brazos se deshacía la blancura de la impalpable paloma, pues el Espíritu Santo está formado de una inmaterial albura, de una luz desconocida a los hombres, y su apariencia de paloma es una ilusión aun para los que están al lado del Señor.

Tomó entre sus alas el Espíritu Santo a Angélica la cristiana, a la amante engañada por el amor, y la colocó suavemente en los brazos de Alahmar. Y comulgaron los dos en las aguas del Eunoe, que son las de la eterna felicidad.

Mil liras y mil arpas resonaron en el infinito azul del empíreo, el la celebración de las celestes bodas de Angélica y Alahmar.

—¿Qué ocurre?—preguntó Jehová a Jesús, que estaba a su diestra.

Y Jesús, con la sonrisa con que perdonó a María de Magdala:

—Es el Espíritu Santo que ha perdonado a la que también amó mucho.

Y Jehová dijo entonces:

—Tu reino y el mío pueden perecer, pero nunca desaparecerá el reino del Espíritu Santo.

PEDRO-EMILIO COLL

(De Hoy sábado...
Caracas)

Revista Ariel

Letras, Artes, Ciencias, Misceláneas

Aparecerá el 15 y 30 de cada mes,
en cuadernos de 28 páginas.

Director:

FROYLÁN TURCIOS

Dirección y Administración:

Esquina casa Streber.

Tegucigalpa, Honduras. Centro América.

Quien habla de la
presa en su género,
Rica. Su larga
ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Cervecería TRAUBE

se refiere a una em-
singular en Costa
experiencia la colo-

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA
ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Al rededor de una querella intelectual

DURANTE varias semanas la atención de los espíritus más cultos del país ha estado pendiente de la querella intelectual que surgió en Lima entre Chocano y un grupo de escritores y universitarios. Nuestros lectores están ya cabalmente enterados del origen e incidencias de la polémica, cuyo epílogo, por desgracia, sangriento, se ha destacado con una aguda sustantividad trágica.

En otra época los ataques dirigidos a la excelsa personalidad de Vasconcelos, no habrían suscitado réplica alguna. La cobardía moral, el carnerismo literario y la irresponsabilidad mental, característicos de nuestro medio, lo habrían impedido. Pero según se ve, va formándose ya en el país un núcleo de hombres que sienten agudamente sus responsabilidades espirituales y cuya acción pública no está motivada solamente por las más inmediatas y mezquinas realidades de un orden determinado, sino que se proyectan a otros y más dilatados horizontes ideales.

Suele la prensa nacionaj no dar toda la importancia necesaria a esta clase de sucesos que son, sin embargo, los que dan la medida más cierta de la vitalidad de un pueblo. Tal vez, por esto parezca un tanto insólita la actitud nuestra al consagrar un número de homenaje al personaje central de esa polémica, que es, a la vez, la declaración pública de la solidaridad intelectual y moral que sienten todos los espíritus que desarrollan sus actividades en esta casa. Si así no lo hiciéramos seríamos cómplices de una cobardía que ha retrasado por tantos lustros la depuración moral de nuestra nacionalidad.

Por otra parte, hemos considerado siempre nuestra función periodística bajo un miraje un poco más dilatado que el corriente, que ha sido en todo tiempo la norma de nuestra acción cotidiana. No es ésta, estéril afirmación de vanagloria, sino constatación del hondo significado ideal y moral que procuramos imprimir a nuestra vida.

No es el caso insistir en estos momentos en la valoración



José Vasconcelos

(Grabado de ESQUERILOFF).

Los escritores y artistas de Trujillo, en el Perú, renuevan su adhesión a Vasconcelos

—El Norte, diario independiente de Trujillo, Perú, y de los buenos, porque agita ideas y va a la vanguardia, en su edición del domingo 15 de noviembre de 1925, le hace un homenaje a Vasconcelos. Publica el editorial que luego se verá, así como la adhesión de los escritores y artistas trujillanos. Hay un buen estudio Sobre la Vida y la Obra de José Vasconcelos, suscrito por Carlos Manuel Cox. Hay un expresivo grabado de Vasconcelos obra de Esqueriloff. De todo ello damos cuenta en esta entrega.—

estimativa de la personalidad de Vasconcelos, ni en el significado vital que ella asume para la vida global del continente americano. Nuestros lectores están ya bien informados de la labor superior que ha realizado el egregio mexicano, cuyo espíritu rebasa las estrechas demarcaciones de una frontera nacional. Nuestra solidaridad tiene, pues, un significado eminentemente continental, y es una parcela modesta de esa vasta conciencia nueva que se está formando en nuestras repúblicas indoamericanas.

Adhesión a Vasconcelos

SE ha producido en el país una querella intelectual que, debiendo mantenerse por su carácter y fines ideológicos, dentro de una decorosa significación polémica, ha degenerado, por desgracia—más de una parte que de otra, es justicia decirlo—en un hecho personal de vocerío plebeyo, que culmina en una agresión violenta. Los suscritos, escritores y artistas trujillanos, no podemos permanecer indiferentes, sin eludir las responsabilidades históricas

y éticas que más altamente nos incumben en este momento frente a la cultura y a los ideales de la nueva generación americana.

Declaramos, francamente, nuestra solidaridad moral e ideológica con la actitud asumida por Vasconcelos y por el grupo universitario que tomó la defensa en Lima del gran pensador y educador mexicano. No es preciso advertir, para quien comprende el significado global de estas adhesiones, las necesarias divergencias mentales que, por fuerza, tienen que producirse entre gente de actividades pensantes, con referencia a ciertos aspectos secundarios del pensamiento continental, pero es urgente declarar que existe entre Vasconcelos y nosotros una profunda congruencia espiritual y que él representa, mejor que ningún otro tal vez, el vigoroso ideal renovador y humano, que está transformando, día a día, las tristes realidades americanas. No se trata de una querella aislada entre Vasconcelos y Chocano; se trata de una querella más profunda y vasta, de la querella entre las nuevas generaciones, que no tienen ningún compromiso con el pasado culpable, y que, por lo tanto se adelantan, libres, hacia el porvenir—y las generaciones caducas que viven y medran bajo la sombra del actual y del pretérito orden de cosas y que se esfuerzan en estabilizar, con todas sus taras ancestrales, la vida y la organización rutinaria de nuestras repúblicas.

Trujillo, 11 de noviembre de 1925.

Antenor Orrego, Alcides Speculín, Enrique Dávila Cárdenas, Juan Espejo Asturrizaga, Jorge Castañeda P., Julio Esqueriloff, Néstor Martos, Juan M. Sotero, José Eulogio Garrido, Federico Esquerre, Jorge E. Píñillos, Julio Torres Solari.

Artistas y escritores de Lima también adhiérense a Vasconcelos

LOS escritores y artistas suscritos sentimos el deber de declarar nuestra solidaridad intelectual y espiritual con José Vasconcelos y nuestra profunda estimación de su obra de pensador y maestro.

Los que suscribimos esta de-

claración no apreciamos igualmente todas las actitudes mentales de Vasconcelos. Discrepamos de su pensamiento en algunos puntos. Pero reconocemos en Vasconcelos a uno de los más altos representantes del espíritu y la mentalidad de América. Admiramos y saludamos todos en Vasconcelos, con igual ardimiento, al suscitador de nobles y grandes inquietudes, al asertor de una nueva fe, al agitador ideológico de la juventud iberoamericana.

Vasconcelos no necesita ser defendido de ataques que no traducen sino una represalia. Pero el silencio de quienes lo estimamos y comprendemos podría ser interpretado como un olvido si no como una defecación. Por esto protestamos.

Lima, octubre de 1925

José Carlos Mariátegui, J. A. Mackay, Lucas Oyague, Luis Berninzone, Eugenio Garro, Edwin Elmore, Manuel Beltroy, Jorgue Guillermo Escobar, Emilio Goyburu, Carlos Velásquez, Luis Alberto Sánchez, Carlos Manuel Cox, Eloy Espinoza, Armando Bazán.

(*El Imparcial*, Montevideo).

Vasconcelos - Chocano

No deseaba terciar en la polémica Vasconcelos-Chocano—que ya dió su fruto horrendo—porque se trata de dos personas a quienes he tratado de cerca, habiendo el segundo unido su nombre a mi último libro en un prólogo que no era para los poemas que en él recogí, y estando identificado con el primero en su obra de cultura mexicana, lo cual me enaltece en demasía, aunque mi parte haya sido mínima. Pero Chocano, que sigue siendo para mí uno de los poetas de América, como estoy seguro lo sigue siendo para Vasconcelos, acaba de aludirme en un artículo que de Lima envió a *Excelsior*, y en él hace hincapié en unos recuerdos que mi distinguido amigo le envió por mi medio cuando las grandiosas fiestas de Ayacucho.

Y no deseaba terciar porque el desenlace que ha tenido la polémica me es profundamente desagradable, como tiene que serlo para todos los intelectuales que respetan la vida humana, con mayor razón si la víc-

tima es otro de los nuestros. No conozco a fondo los motivos ulteriores que obligaron a Chocano para sacrificar a Elmore; pero las noticias que se han enviado de Lima, aunque insisten en asegurar que éste dió de bofetadas al poeta, me bastan para afianzarme en la opinión de que Chocano, a pesar del artículo violento de su víctima, que no fué publicado, y del atropello personal, estaba en el deber de no acudir a último extremo. Aun dado el caso de que haya aparecido en América el superhombre, a éste no se le dan derechos para que viole las reglas del decoro que los intelectuales que estamos en la llanura exigimos hasta a los analfabetas.

Dicho esto, sobra decir que no estoy de acuerdo con cierta ideología d'annunziana de Chocano, esa que autoriza para hacer lo que los otros no hacen, y quiero antes de seguir adelante, aprovechar este momento para decir en público mi cariño personal y espiritual por Vasconcelos, algo que no me atreví a expresar ni cuando él era un poderoso y yo su colaborador en la Secretaría de Educación. No me considero en el número de los protegidos del ex-Secretario, porque los que saben que tengo raíces hondas en México, desde mi adolescencia, me darán el derecho de creerme con alas suficientes para volar en estos ámbitos, sin necesidad de recurrir a la baja adulación ni de que, por mi labor mexicana y por los afectos puros que aquí tengo, se me catalogue en la lista de los que son aves de paso en esta tierra mía.

Dice la verdad Chocano: yo le dije que Vasconcelos lo recordaba. Tan pronto como llegué a Lima, el 6 de diciembre de 1924, Chocano—a quien conocí personalmente en Nueva Orleans en 1914—tuvo la delicada atención de ir a saludarme al hotel, y no fué sino hasta dos días después cuando nos encontramos en uno de los pasillos, nos dimos un abrazo después de ocho años de no verlo (la última vez fué en Guatemala, en noviembre de 1916), y en el palique, presenciado por Núñez y Domínguez, se habló naturalmente de lo que dejábamos en México y de los intelectuales que en más de una ocasión habían recordado a Cho-

cano con nosotros. Tras la evocación de Vasconcelos surgieron los nombres de Colín, Carlos Pellicer y Luis Tornel Olvera, este último porque siempre hace memorias de algunos incidentes de la vida de Chocano en tiempo de Madero, los cuales no viene al caso referir.

Era lógico que en nuestra conversación de alegre encuentro, trajéramos a las mientes los nombres de los amigos; y la familiaridad con que he tratado a Chocano me permitió recalcar que aunque él no estaba de acuerdo con las ideas vasconcelianas, según me lo habían advertido otros amigos en Lima, sí lo recordaba siempre, y esto necesita una explicación que hasta hoy sabrá con gusto el poeta de *Alma América*.

No puedo precisar la fecha de 1921 en que Vasconcelos, Rector de la Universidad Nacional todavía, me invitó a comer a la mexicana en una fonda de la calle de San Juan de Letrán, en compañía de Joaquín Méndez Rivas, Ricardo Gómez Robelo, Jaime Torres Bodet y no recuerdo quién más. Durante el ágape—que siempre lo hay donde está Vasconcelos—éste insistió por décima vez en que no le convenía Shakespeare, y recuerdo claramente que nos dijo: «Ustedes deben acometer la obra poética en grande, escribir el poema cósmico, aunque sigan escribiendo el madrigal, el poema mínimo, porque en el poema de aliento podrán cometer errores, pero tienen más espacio para hacer belleza». Luego siguió la cita de otro poeta inglés, no recuerdo quién, haciendo notar Vasconcelos que al igual de Goethe la obra poética nos la había legado en muchos volúmenes. Y enseguida agregó: «Allí tienen ustedes, por ejemplo, el único que se ha atrevido a hacer en nuestra América el poema de aliento es Chocano. Cuando yo lo oía en el campamento villista recitando sus versos y notábamos el efecto que producía en las chusmas, Chocano me parecía algo así como Homero».

Días más tarde Vasconcelos me mostró dos cartas que acababa de recibir, por medio del poeta Rafael Cardona, de dos amigos suyos en Costa Rica, la una de Chocano y la otra de don Joaquín García Monge, en las que ambos le presentaban a Cardona en los mejores

términos. Y por cierto que en la de Chocano había algo más que una simple presentación pues el poeta gusta de explicarse cuando escribe a sus amigos, y creo que en ella se refería a la obra que Vasconcelos emprendía aquí y en términos que de seguro ahora no reconocerá como suyos.

Cuando yo recordé Vasconcelos a Chocano contaban con esos antecedentes; y aquel no tenía todavía escrito su artículo *Poetas bufones* que lo fué al margen de las palabras de otro poeta en una fiesta de los días de Ayacucho, es decir, en marzo de este año.

No quiero hablar de las sombras que Vasconcelos tenga, porque su luz me atrae más, y yo lo creo un hombre honrado, es decir, un verdadero intelectual, un caudillo que se hace oír dentro y fuera de México, sin que haya otro mexicano que pueda ufamarse de lo mismo. Y estoy seguro de que Vasconcelos, que es también un gran poeta, reconoce en estos momentos, a pesar de todo lo que ellos se han dicho, la grandeza de Chocano como poeta: tan la reconoce que si éste fuera una medianía, no digo una nulidad, no lo habría escogido para blanco de sus ataques en el artículo que, siendo ya de la historia de las ideas en América, ha tenido un penoso como inusitado desenlace.

RAFAEL HELIODORO VALLE

México, diciembre de 1925.

(*Diario de Costa Rica*, San José).

Próximos CONVIVIO:
La tercera serie de las
Páginas Escogidas de
Renán, en la fina versión
de Cornelio Hispano,

y

Ensayo sobre el Destino, páginas hondas y emocionantes de Alberto Masferrer.



Página lírica

de José Pedroni

=Del tomo *La Gota de Agua*, donación del autor, que agradecemos. Buenos Aires, 1923.
Del Sr. Pedroni nos dice un amigo de Buenos Aires, cuyas opiniones estimamos: «Este muchacho de 26 años es, a mi juicio, el más puro de los jóvenes poetas argentinos».=

A la espera del sol

El alba. Por la colina
bala un cuerno. Se ilumina
la aldea con la fogata.
Huele el valle a meliloto,
y en un tramonto remoto
muere el lucero de plata.

Del establo, la tambera
lleva la vaca lechera
a beber en el pozanco,
y, por ser su favorito,
sigue a la moza, un cabrito
todo blanco.

La moza huele a poleo,
y es su sonreír tan franco,
que siento como un deseo
de ser su cabrito blanco.

La primer yugada

I

Con los dos bueyes blancos voy arando la llosa
en el fresco momento de la mañana rosa.

¡Oh yunta inseparable de piadosa mirada,
qué blanca os ven mis ojos sobre la tierra arada!

Milón, que los olivos cercanos ablaquea,
esta agujada ruda me trajo de la aldea;
pero punzar no puedo vuestra pena callada,
¡oh yunta inseparable de piadosa mirada!

Después que en la comarca copiosamente llueva,
sembraremos alfalfa bajo la luna nueva,
y cuando tenga flores, un perfumado aliento
en las lejanas chozas entrará con el viento.

Un día y otro día, sonriendo a la montaña,
yo segaré la alfalfa con mi primer guadaña.

Y en los heniles llenos—¡oh qué suceso tierno!—
vosotros mismos, bueyes, la comeréis de invierno.

II

Mirando de la cerca con ojos de agasajo,
Simeta se distrae con mi primer trabajo.

Y cuando al lado suyo pasa la dócil yunta,
con infantil deseo de hablarme me pregunta:
—¿Viniste desde lejos? ¿Te quedarás aquí?
¿Vais a sembrar centeno para vuestro alfolí?

Y feliz como un niño sobre la tierra arada,
le digo, rehuyendo la luz de su mirada,

mientras mi mano tiembla de amor sobre la esteva:
—Sembraremos alfalfa, Simeta, en luna nueva.

III

Pastoras de ojos dulces que vais por el camino
con los vestidos claros oliendo a flor de lino.

Ancianos pensativos, filósofos ancianos
que hacéis la misma sombra de los brezos enanos.

Robustos leñadores de fuertes manos nobles,
que de tanto ir al monte parecéis viejos robles.

Pastoras de ojos dulces que oléis como las flores,
aldeanos pensativos, robustos leñadores,
tomaos de las manos, haced ronda a la llosa,
¡venid a verme todos en la mañana rosa!

Idilio

I

Trayendo de las asas el cántaro pesado,
volvían del arroyo por el camino andado.
Y él le decía:—Tengo para ti, si me besas,
un zamarrico lleno de moras y de fresas
que recogí en el monte. Mañana, bien temprano,
al pasar con mis cabras, en tu espinillo enano
lo colgaré, pastora... Y, muda de contento,
ella se sonreía como si oyera un cuento.

II

Bajo el plumoso aroma vecino a la alquería
sentáronse en la tarde. Bebieron agua fría
llamados por el canto de una dichosa sed. Comieron
un pan que olía a grano de anís, y decidieron
quedarse allí esperando la manada andariega.
Y él le habló de su choza, de la ovejita ciega
que tenía en el hato, del cabrito inexperto
que perdió en la montaña y que lo hallaron muerto
en el despeñadero, y del botillo fino
que de la piel haría para guardarse vino
y arrope y miel... Le dijo que en la meseta había
un manantial muy claro, y que los dos, un día,
con la primer estrella, sin que nadie supiera,
se irían de la mano para que ello lo viera.
Y le habló de las flores, de los huevos pintojos
que encontraba en los nidos de los pechito-rojos,
de su amor por el agua y por la telaraña
y por las liebres blancas que había en la montaña.
Le habló del pan, del fuego, de la lluvia, del viento...
¡Y ella se sonreía como si oyera un cuento!

III

Temblando sobre el monte como una monedita
en el fondo de un cántaro, su plateada llamita
dió la primer estrella, y al verla, largamente,
los dos, bajo el aroma, se besaron la frente.

Humo

Con leña menuda de la corraliza—
sarmientos de higuera, ramitas de espliego
y marlitos blancos—para hacer pan dulce,
en el horno viejo prendimos un fuego.

Sobre la techumbre del henil de paja
infla la paloma su pechito lila,
y colgada al cuello del burrito negro
parece que llama sin querer la esquila.

Abramos las puertas, abramos las puertas
de nuestro bohío pequeño y añoso;
abramos las puertas para que se quede
siempre con nosotros el humo oloroso!

Balada

¡La quiero!
¡la quiero!

Soy como un cordero.
Me siento un espino;
y en todas las sendas por donde camino,
mis ojos se engañan de hallarse con ella:
cuando bajo al valle y hay sólo una estrella
rosada en el cielo; cuando subo al puesto;
cuando voy por hongos con el ancho cesto;
cuando salgo, al canto de los partorcitos,
y me ausento al monte con mis seis cabritos.

Las tempranas uvas y los zumos viejos,
y las bayas rojas de los agracejos,
y la zarzamora,
saben a los besos que da mi pastora.

Todos los zagales
hablan de la menta de sus delantales.
Y cuando en los corros de la gañanía
los cabreros sueñan con la moza mía,
sin querer se nombran hierbas olorosas,
se habla de los higos y las zarzarrosas,
de la miel silvestre, de las aguas claras
y del doble gusto de las dulcamaras.

Ayer, al comienzo de una larga historia,
—cerca de la noria;
cuando en la montaña más llamaba el cuerno—
dócil al arrullo de mi ruego tierno,
que era un dulce apuro,
desató en mis manos su cabello oscuro...
Y hoy en la montaña,
poseída el alma de una sed extraña,
sentado en las rocas
y buscando helechos con mis manos locas,
soñé todo el día
con la cabellera de la moza mía.

¡Ah qué dulce anhelo de aprender baladas,
y de comer moras, y de abrir granadas!
¡ah qué extraño antojo de buscar neditos,
y de poner nombres a mis seis cabritos,
y de ornar con flores mi zurrón de cuero,
desde que la quiero!

Oh gitana joven de mirar porfiado,
—te daré un cabrito—sientate a mi lado,
dime lo que sabes de mi buena estrella,
¡y háblame de ella!
¡y háblame de ella!

Idilio

I

Calzando las esparteñas
que le regaló el abuelo,
—toda blanca, toda blanca
como la flor del ciruelo—
con la cesta de varillas
Simeta se va al molino
y, como siempre, a su paso,
se alegra todo el camino.

II

Con la acémila, al arroyo,
Batilo, el tímido hatero,
como siguiendo a Simeta
va por el mismo sendero.
Brilla como el cobre antiguo
de los cántaros su cara;
tiene el ademán ingenuo
y la mirada tan clara,
que se le ven las palabras
que para la moza sueña:
—Simeta, como la harina
que te darán en la aceña,
es tu vida; como el lirio
que florece en el barranco;
como el ala, como el ala
del aguzanieve blanco...

III

Sin decirle una palabra
y apurando el paso lento
de la acémila, Batilo,
con visible azoramiento,
pasa al lado de la moza.
Y, mansos, por el camino
hablan detrás del hatero
los ojos de flor de lino
de Simeta:—Como el oro
de la arenilla en la fuente;
como la flor de montaña
que viene con la corriente,
es tu vida; como el canto
feliz de los leñadores;
como el agua, como el agua
que llevas a los pastores...

Por este camino...

Por este camino,
con rumbo al granero,
pasó el carro mio,
y un viejo talego
que, dado al olvido,
no vió mi boyero,
regó todo el polvo con granos de trigo.

Tal vez aquí mismo,
después que me muera,
trocarme en granitos
de plata yo pueda;
y entonces, amigos,
rompiendo la tela
de blancos saquillos,
será mi suprema
locura de niño
sembrar los senderos que van a la aldea.

Un buen amigo M. Vincenzi quiere conocer mi opinión, respecto de las seis cuestiones americanas que ha planteado en esta Revista.

Con mi modo característico de exponer, un poco anárquico, voy a decir lo que pienso:

Los factores de educación racial, en el sentido étnico, no pueden ser determinados ni preestablecidos, sino a base de una homicultura bien ponderada, de un trasiego específico mejor examinado y escogido. Los pueblos son lo que son, excepciones fortuitas aparte, como insuficiencia de territorio, lugar que ocupen en la geografía política, etcétera, porque responden a un determinismo racial de insuperable fuerza.

La América en general, sajona e iberoamericana, no ha dado ni dará normas genuinas, vernáculas, autóctonas, al pensamiento universal. Eso es pedirle peras al olmo, porque América marcha y marchará, necesariamente, a compás del ritmo que marca la cultura extensiva y arcaica de los occidentales, que es también su canon admitido en ética, en estética, en ciencia ponderada: en todo. No nace todos los días un Leverrier que determine la situación de Neptuno, sin haberlo observado antes en el campo del telescopio, ni se improvisa a cada instante un secular sistema científico y estético. No somos indios del Penjab, ni negros de Liberia, ni ribereños del Mar de la China, ni malayos de Mindanao, sino hijos de la cultura de Occidente, cuya cultura admitimos y cultivamos, con más o menos éxito. Pedir que América descubra y practique una cultura propia, es un absurdo. No copiamos a Europa, como dicen algunos literatos europeos, con menos discernimiento que un ostión. No la copiamos cuando entienden por esto el parecido o la identidad, en mera literatura. No la copiamos ni la seguimos: la completamos siempre y la superamos en algunas ocasiones, porque iguales son las normas dadas y admitidas en el lenguaje, en el sentimiento, en la razón. Lo vernáculo en la novela o en el verso, por ejemplo, si está por hacer, significa bien poco, como detalle secundario o de ínfimo orden que viene a ser en efecto, por lo menos en los días en que vivimos. Esa falta acusa más bien un desdén justificado hacia esa literatura de grueso público, inocua y anodina, y un afán de más amplios fines, fraternales y culturales. Por ese camino toda Europa puede ser acusada de copia o de calco. No nació en Bilbao Soren Kierkegaard, y nadie se parece tanto a él como D. Miguel de Unamuno. No nacieron en Madrid Adriano Thilger ni Vaihinger, y nadie se parece tanto a ellos como Ortega Gasset. No nació Leonidas Andreieff en Vera de Navarra, y parece hermano mayor de ese *ursus pirenaicus* que se llama Pío Baroja, y así hasta lo infinito, en la novela, en la filosofía, en el teatro, en el verso.

Creo, por consiguiente, valga el largo paréntesis, que la enseñanza en nuestra América latina, fuera del factor político, está unificada ya, por lo menos en lo esencial. Pero en política todo es contingente y la

Nuevas respuestas al Cuestionario del "Repertorio Americano"

CUESTIONARIO:

1.^a ¿Cree Ud. que la enseñanza debe unificarse, con determinados propósitos raciales, en los países latinos de nuestra América?

2.^a ¿Cree Ud., asimismo, en la necesidad de comunizar, hasta cierto punto, las constituciones de nuestras repúblicas?

3.^a ¿Estima Ud. conveniente que se haga un gran esfuerzo por orientar nuestros intereses económicos, hacia determinados rumbos, con propósitos diplomáticos defensivos?

4.^a ¿Qué se podría empezar a hacer para estrechar nuestras relaciones económicas internacionales?

5.^a ¿Qué nuevos principios nacionalizados aconseja Ud. a la intelectualidad de América?

6.^a ¿Estima Ud. prudente que nuestra América Latina tome una actitud determinada en su enseñanza, en sus leyes, en su economía, en su producción espiritual ante el caso de los Estados Unidos del Norte?

Respuestas anteriores:

Las de E. J. Varona, Habana; R. Brenes Mesén, Syracuse, New York; L. Lugones, Buenos Aires; B. Sanín Cano, París; N. Pacheco, París; Elena Torres, México D. F.; E. Landáuzuri, México D. F.; A. Sux, París; Fed. García Godoy, La Vega, Rep. Dominicana; J. Santos Chocano, San José de Costa Rica; Francisco Contreras, París; Juan J. Carazo, San José de Costa Rica; José Vasconcelos, México, D. F.; Manuel Cestero, México, D. F.; Rafael Cardona, San José de C. R.; Rogello Sotela, San José, de C. R.; Eduardo Ruiz, San José de C. R.; Enrique Molina, Concepción, Chile. J. M. Dihigo, Habana.

rama del tallo común, no se parece aquí a la de más allá, cuando se la somete a diversas vicisitudes climatéricas, porque en esto la educación entra por parte muy importante en las modificaciones más o menos violentas de la herencia. Nuestro patrón de democracia, se inclina, por lo común, a formar, a desenvolver, a glorificar el caudillaje. La violencia individual que es un *tabu* de razas anacrónicas, sensitivas y nerviosas, crea los ídolos temidos, desmesurados y monofacéticos, como un Jangrenat indostánico.

Es axiomático que no hay razas puras en el sentido estricto de la palabra, pero no hay duda que unas y otras, más o menos mezcladas, se diferencian bastante, por temperamento, en la enseñanza que obtienen de sus procedimientos cívicos.

La densidad de población crea, por otra parte, mayores y más estrechas relaciones de derecho y de responsabilidad. Un pueblo denso, de origen occidental, llega, necesariamente, a un mayor grado de civilización que otro de su mismo origen, donde no impere esa circunstancia. Esta densidad crea un estado medio de cultura más apto para ejercitar los derechos del sufragio que el que se encuentra en las naciones despobladas. Se hace más difícil así el abuso en el poder, porque toda lesión alcanza entonces

a un mayor número de ciudadanos conscientes.

La América latina, desierta o poco menos, necesita, sobre todas las cosas, para unificar su enseñanza política, ser fuerte, respetada y temida, un solo hecho: intensificar de un modo sistemático y absolutamente constante, una inmigración uniforme, alemana, absolutamente alemana, contrapeso por excelencia que, en el espacio de cincuenta años, si no ocurren antes enormes y trascendentales acontecimientos que cambien por entero la geografía política del planeta, ha de salvarnos del insuperable peligro con que nos amenaza ahora, el imperialismo, fatal y necesariamente expansivo, de los Estados Unidos de América.

Porque ese expansionismo es una ley política que obedece a los mismos fenómenos de determinadas leyes físicas. Caemos porque ineludiblemente *debemos* caer en la órbita desmesurada de la esfera de acción de las finanzas norteamericanas, y no hay independencia política allí donde no hay independencia económica. Pagamos tributo al dólar americano, al monopolio americano, al inmenso y por ahora incontrarrestable poder comercial, agrícola e industrial, de la América sajona. El azúcar de Cuba, el tajo del Uruguay, los nitratos de Chile, el petróleo de México, los frutos tropicales del Caribe, la inmensa mayoría de los productos del suelo latinoamericano, en una palabra, están bajo el control del poder financiero de la América del Norte, que impone el precio en la demanda.

Cuba, uno de los países más ricos del globo, por la feracidad de su suelo, que produce varios millones de toneladas de azúcar al año, entre otras cosas, vive miserablemente, con su industria y con su comercio en ruina, porque así le place a Wall Street, que usufructúa y dispone de su natural riqueza, en calidad de feudo agrícola, dejándonos sometidos a la más estrecha y ruda de las dependencias económicas. Así se explica que gane más un obrero técnico de cualquier industria norteamericana, donde todo se hace en grande y de modo especializado, para bajar el precio del producto, que un catedrático de nuestra Universidad Nacional.

Pero ahora no son los pueblos de nuestro origen únicamente, los que están sometidos a esa especie de antiguo vasallaje, cuyos efectos son hoy de más en más sensibles. Europa también se resiente, y mucho, de ese enorme poder que acabará por provocar otra guerra más espantosa aún que la pasada, o que procurará, en definitiva, el triunfo del comunismo en las naciones europeas. El Estado inglés, por ejemplo, será el primero en ponderar la conveniencia de subsistir, provocando un enorme conflicto exterior, o de caer al lado de los que mantienen al Norte de Europa, la enseña comunista de los soldados rojos.

La disyuntiva es evidente. La América latina tendrá que decidirse, y quién sabe qué enorme cambio se derivará de ahí, en nue-

vos rumbos, en nuevas enseñanzas, producto de insólitas contingencias.

Mancomunar el régimen constitucional de nuestras repúblicas, sería inútil, aunque fuera practicable. La teoría no impone nada. Todo lo impone el hecho. Una federación de repúblicas latinoamericanas, sería tan débil frente al poderío de la América del Norte, como lo son ahora nuestros dispersos Estados. No es esta una afirmación tan caprichosa como parece, porque ningún poder de ese orden se improvisa con tratados o convenios, cuyo mecanismo, por otra parte, tiene que ser extraordinariamente complicado, en atención a los diversos intereses en pugna y a la inmensa y despoblada extensión territorial que abarca el proyecto. Necesitamos, primero, densidad de población, de buena población, y en el Brasil o en México, por ejemplo, puede operarse el milagro, en menos de cincuenta años.

La defensa de los intereses económicos de la América Latina, debe ser afrontada por cada uno de los respectivos Estados. Una Bolsa de Azúcares que financiara el producto de las zafras de Cuba y que impusiera el precio en el exterior, salvaría a este país de la bancarrota económica que sufre ahora. Esto y legislar en el sentido del más amplio proteccionismo interno, declarar obligatoria la ciudadanía cubana para poseer una parcela de terreno, revisar las tarifas ferrocarrileras y los aranceles de las aduanas, imponer precios prohibitivos de importación — a despecho de todas las represalias — a determinados productos que lesionan el desarrollo de la industria y de la agricultura nacional, y otras medidas por este mismo estilo, alcanzarían bien pronto a redimirnos de la tutela económica del Norte, pero a semejantes remedios se oponen muchas y muy invencibles circunstancias, como son nuestra escasez de recursos, nuestros sistemas gubernativos, esencialmente burocráticos que para nivelar el despilfarro de los dispendiosos presupuestos, cuentan, en primer término, con el ingreso de las aduanas, con los impuestos más enojosos y diversos, y con cuanto recurso les llegue a mano, para caer, como las siete plagas de Egipto, sobre el peculio del esquilmado productor.

Nada podremos hacer festinadamente para estrechar las relaciones económicas internacionales en la América Latina, mientras sea New York, por ejemplo, el mercado de toda la América, el vendedor y el comprador, por antonomasia, de los productos. Libremente, poco podemos vendernos o comprarnos, en frutos o en manufacturas, sin una poderosa organización interna que nos deje libres las manos para comprar y vender, con mutuo proteccionismo inclusive, porque todo se halla sometido al monopolio de los financieros del Norte que favorecen el desarrollo de esta o de aquella empresa agrícola, según convenga a sus intereses, o arruinan y desplazan a las que los perjudican. En Cuba tenemos varios curiosos ejemplos de este procedimiento, en la industria y en la agricultura. Cuando llega aquí la

época de la cosecha de la patata, *sufre* tal baja en el mercado el precio de ese tubérculo norteamericano, que arruina a nuestros agricultores. Esta conducta, seguida invariablemente, acaba por desplazar a los competidores cubanos. Otra cosa ocurriría si ellos encontraran una adecuada protección en previsoras legislaciones.

Este caso, elevado a la enésima potencia en todos los ramos de la actividad agrícola, sostenida por la férrea organización de la Banca del Norte que no presta dinero sino sobre contratos de refacción para el cultivo de la caña, a tipo usurario y excluyendo toda otra clase de negociaciones, nos obliga a fabricar y a vender azúcar a precios de quiebra, y a obtener en el mercado norteamericano todo lo indispensable para la vida, y es tan estrecha, tan ruda y tan feroz esta dependencia económica, que, prácticamente, no somos libres más que de nombre.

Como principios nacionalizadores a sostener por la intelectualidad de América, me parecen adecuados los que tiendan en cada país, fuera de todo inútil romanticismo, a mejorar el sedimento racial de nuestros incultos y despoblados territorios. Fomentar intensamente la inmigración de razas nórdicas, alemanes con preferencia. Esto bastaría. Lo demás nos sería dado por ley natural del efecto en relación con la causa, inclusive la actitud bien determinada de una enseñanza, de unas leyes, de una economía y de una poderosa producción mental, superior a la que, a pesar de todo cuanto se diga en contrario, tienen ahora los fenicios del Norte, los maestros del relativismo humano en esta parte del Atlántico o del Pacífico.

FERNANDO LLES

Matanzas, Cuba, octubre de 1925.

Respuesta sinóptica

Señor M. Vincenzi,

Escasú.

Mi querido amigo:

Si no fuera porque resultaría ridículo, me limitaría a contestar «sí» a la 1.^a, 2.^a, 3.^a y 6.^a preguntas, y «no sé» a la 4.^a y 5.^a Déjeme pensar un poco. El asunto es grave y urgente. Estoy desprevénido en estos días. Me ha abandonado el espíritu divino por ahora, que es el castigo que, de tiempo en tiempo, recibimos los voluptuosos. Déjeme usted que me vuelva el alma al cuerpo, — este mal caballo inobediente, escaso, pobre. ¡Si yo pudiera decir algo que valiera la pena, sobre el asunto que más me interesa! Etc., etc.

ALFONSO REYES

Esta Revista no puede mantener correspondencia con sus numerosos colaboradores espontáneos, ni publicar ningún trabajo conforme a la impaciencia del remitente, sino a la medida del orden que le imponen sus límites cuantitativos y sus necesidades cualitativas.

LISTA DE LIBROS

de autores hispanoamericanos que se venden en la Adn. del "Repertorio Americano".

Poesía

Almafuerte: El Misionero.....	¢ 0.50
Bernal, Emilia: Como los pájaros.....	1.50
Brenes Mesén, Roberto: Pastorales y Jacintos	0.50
Gamboa, Isafas: Flores de Otoño.....	2.25
Coto, Rubén: Para los gorriones (Poemas en prosa).....	1.50
Guido y Spano, Carlos: Poesías escogidas...	1.50
Hernández, José: Martín Fierro.....	1.25
Ibarbourou, Juana de: El cántaro fresco.....	1.50
Ivanovitch, Dmitri: La ventana y otros poemas	1.25
López de Mesa, Luis: Iola (Poemas en prosa)	1.25
Magallanes Moure, Ml: Florilegio.....	2.00
Martí, José: Versos.....	1.00
Olivares, José: Poesías.....	1.00
Torres Rioseco, Arturo: En el encantamiento	1.25
Ureta, Alberto: Florilegio.....	0.75
Valdés Roig, Ciana: La fuente sonora (Poemas en prosa).....	0.75
Valle, Rafael Heliodoro: Anfora sedienta...	3.00

Ficción

Alfaro, Anastasio: El Delfín de Corubici....	2.00
Chacón y Calvo, J. M.: Hermanito Menor....	1.00
Fernández Guardia, Ricardo: La Miniatura...	1.25
Jiménez, Octavio: Las Coccinelas del rosal..	0.50
Magón: La Propia (Cuadros de costumbres costarricenses).....	2.50
Masferrer, Alberto: Una vida en el Cine....	1.50
E. Roig, de Leuchsenring: El caballero que ha perdido su señora (Cuadros de costumbres cubanas).....	1.50
Tovar, Rómulo: De variado sentir.....	0.50
En el taller del platero.....	0.50
Ugarte, Manuel: Cuentos de la Pampa.....	1.25
Valle, Raf. Heliodoro: El rosal del ermitaño.	0.75
Velazquez, Samuel: Madre.....	1.25

Artículos y ensayos

Brenes Mesén, Roberto: El misticismo como instrumento de investigación de la verdad.....	0.50
Las categorías literarias.....	1.00
Carbonell, Diego: Reflexiones históricas y conceptos de crítica.....	3.00
Chacón y Calvo, J. M. ^a : Ensayos sentimentales.....	1.50
Dario, Rubén: Rubén Dario en Costa Rica. (Segunda serie).....	1.25
Díez Canedo, Enrique: Sala de retratos.....	1.00
Escobar, José Ignacio: Escritos.....	0.50
Hispano, Cornelio: Cesarismo teocrático....	0.75
Jiménez, Ricardo: Colegio de Cartago.....	0.50
López de Mesa, Luis: Orientación ideológica	0.50
Masferrer, Alberto: Pensamientos y formas	1.50
Ensayos sobre el Destino	2.00
Martí, José: La Edad de Oro (2 vols).....	4.00
Nin Frias, A.: Páginas Escogidas.....	2.00
Pacheco, León: Personalidad literaria de Ventura García Calderón.....	0.75
Pérez, Santiago: Artículos y Discursos.....	0.50
Torres Rioseco, A.: Walt Whitmann.....	1.50
Torri, Julio: Esayos y Fantasías.....	0.50
Tovar, Rómulo: De Atenas y de la Filosofía.	0.50
Varona, E. J.: Lecturas.....	0.50
Con el eslabón (2 cuadernos)..	1.00
Vasconcelos, José: Artículos.....	0.50
Vaz Ferreira, Carlos: Reacciones.....	0.50

Oratoria

Aramburo y Machado, Mariano: Discursos...	0.50
Bolívar, Simón: Discurso en el Congreso de Angostura.....	1.50
Díaz Rodríguez, Manuel: Cuatro sermones líricos.....	0.50

Viajes

Gómez Carrillo, E.: Ciudades de ensueño....	0.50
---	------

Biografía

Hispano, Cornelio: Bolívar.....	1.00
Lugones, Leopoldo: Elogio de Leonardo.....	1.00
Picado T., Cl.: Pasteur y Metchnikoff.....	1.25
Sarmiento: Facundo.....	1.50
Varona, E. J.: Emerson.....	0.50

Solicitudes que no vengan acompañadas del importe correspondiente, no serán atendidas. Equivalencia: ¢ 4.00 igual a \$ 1.00, oro americano. Bajo cubierta certificada o por giro postal.

Dos poemas

de Flor de Luna

La espera inútil

DECORA la azul montaña que cierra el horizonte una esbelta palmera oscura, cuyas hojas semejan un enorme plumero o una mano que ansiosa de subir al infinito, dibujara en el incendio de la tarde caprichosas figuras, múltiples sombras movilizadas y cambiantes. Y cuando el airado viento acalla sus furiosos, aquella palma oscura, parece un gigante centinela que oteara silencioso el pintoresco valle.

En el jardín vecino, el surtidor parlero entona la melodía sencilla de una sonata de verano; saltan menudas gotas que humedecen la alfombra fresca de musgo amarillento.

En un banquillo oculto bajo un árbol de pino, una moza bella y gentil espera. ¿A quién? ¿Acaso sea su amado imaginario?

Entre sus manos siempre inquietas, gira un ovillo de hilo azul que lleva siempre consigo y que devanan día a día sus afanosos dedos.

El amado no llega y la niña espera todavía. Así de tarde en tarde y paso a paso, torna a su hogar la dulce ilusión, ansiosa de esperar la nueva aurora que ha de traer sin duda hecha verdad aquella quimera tanto tiempo acariciada.

Y viene de nuevo el día y la moza gentil vuelve a aquel sitio, al mismo banco oculto bajo el pino y crece y crece aquel ovillo entre sus dedos nacarados... pero el amado no llega.

Han pasado muchos años y la niña triste y pálida espera. Entre sus manos trémulas gira aún aquel ovillo azul, grande, muy grande, como la ilusión que ahondó en su pobre alma.

Y la palmera inmóvil que decora la montaña, otea el valle que parece al claror de las penumbras, inmenso lago en cuyo fondo se mirara el infinito.

San José Costa Rica. Enero 1926.

La luz que me fascina

La tarde oficia ante el altar del cielo que se eleva magnífico y resplandeciente, cuajado de topacios y amatistas.

Dice un responso al Gran Generador del Universo, al dios fecundo y ardoroso que muere coronado de fulgentes yemas de oro.

Los montes maravillados se han quedado pensativos; enmudecen los árboles, los ríos. Aletean en sus nidos los pájaros indiscretos, los insectos

callan; las flores cierran sus corolas llenas de mieles y de aromas; la Naturaleza ora.

El alma se recoge entre los pliegues de su camarín y el espíritu, como inquieta mariposa, vuela alto y se posa en cada flor de belleza con que Natura enoja su jardín.

...Y la noche abre sus amplias alas pavorosas.

Por el senderito que conduce al río, descubrieron mis ojos una clara luminaria, algo así como un brillante péndulo de bronce o como una luz que oscila y que me llama... y sigo detrás de ella sin parar y conforme camino, sigue la luz avanzando más de prisa.

Ya no puedo correr más, la noche densa no me deja internarme en la maleza, pero la fiebre que exalta mi cerebro me empuja fuertemente hacia la luz que me fascina y ciega de codicia, sigo tras ella, sin sentir que mis pies no llevan ya sandalias, que mis manos están ensangrentadas, mi boca seca y que mis ojos como ascuas vivas arden como un incendio; pues en el fondo de ellos se refleja aquella luz obsesionante que me hizo internarme entre las espinosas zarzas y que radiante y luminosa, está oprimiendo tenazmente mis pupilas.

San José Costa Rica. Enero 1926.

Una carta de Varona

Sra. Otilia André de Giol.

Muy distinguida señora:

Gran satisfacción me ha proporcionado la amabilidad de usted, dándome a conocer los recientes artículos de la señorita Ofelia Rodríguez Acosta. Bien noble espíritu se revela en esos escritos, y merecedor del estímulo que pueden darle cuantos se interesen por el mejoramiento de nuestra sociedad.

Ninguna progresa, si se obstina en mirar sólo a lo pasado. La cubana menos que otra alguna, porque nuestro ayer es abominable. Y precisamente uno de los más eficaces instrumentos de gobierno de España en Cuba fué la Iglesia. Los obispos españoles que bendecían a los soldados, que se aprestaban a ahogar en sangre nuestra libertad, no eran sino los voceros de todo su pueblo. La red, que ahora tienden en torno de nuestro espíritu los conquistadores castellanos, cuenta entre sus mallas más recias el fanatismo ancestral, con

su triste secuela de ignorancia y supersticiones.

La tolerancia, virtud social de que blasonaban con legítima satisfacción los maestros de estas generaciones olvidadizas, no significa la indiferencia, ni el silencio ante los males que nos salen al paso. El tolerante no se encierra en su torre roquera, a ver, desdeñoso o resignado, cómo pasa el aluvión de los errores rejuvenecidos o recién nacidos. Su divisa es la de la señorita Rodríguez Acosta: «Mi verdad contra tu afirmación». Va, como ella, alta la visera, para decir su pensamiento, todo su pensamiento; inclinándose cortesmente ante el pensamiento contrario, sin baladronadas ni dicterios.

Puede Ud., si lo cree conveniente, publicar esta carta. Caso de hacerlo, le agradeceré el envío del número de su periódico, en que la inserte.

Soy su más atento servidor,

ENRIQUE JOSÉ VARONA

Habana, 5 de Julio, 1925.

(De *El Figaro*, Habana).

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.

MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho:

50 varas al Norte del Banco Internacional.

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

LA COLOMBIANA

Francisco A. Gómez Z.

Ofrece a sus clientes y al público en general un surtido de casimires en gabardinas.

Cuenta con buenos operarios para la confección de sus trajes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Avenida Central

Frente a la tienda Kepfer.

Suscríbese al REPERTORIO AMERICANO y recomiéndelo a sus amigos.

En la tierra de Renán

4. La Isla de Brehat

Conocer la Isla de Brehat era una de las cosas que me seducían en mi viaje a Bretaña, y al revés de lo que generalmente sucede con lo que se desea mucho, no sólo no tuve desilusión, sino un real día de encanto en aquella isleta que parece haber sido de las que visitó Ulises en su larga odisea y que con tanto amor describió el cantor de Aquiles.

Recorrer la Baja Bretaña en todas las direcciones es un placer fácil, delicioso y barato. Varios días de la semana salen de Tréguier auto-carros, de diez y veinte puestos, que por pocos francos nos conducen, según nuestro antojo, con derecho para detenerse, a visitar *bourgs, calvarios, menhires, manoirs*, ruinas, o, si se pasa por una playa, a bañarse y almorzar a la orilla del mar. Los chaufferes son bretones, buenos como el pan de su tierra, y tienen la simpatiquísima debilidad de querer mostrarnos todos los rincones de su país afirmando cada día que lo que se va a ver al siguiente es mucho mejor. Su oficio, por lo demás, los ha ilustrado hasta el punto de convertirlos en los mejores guías que pueden desearse.

Hay también excursiones o paseos por las costas y las infinitas islas que las circundan, pero estos sólo se hacen en botes de pescadores para una o dos personas. Cuando el tiempo es bueno, como ha sido en Bretaña todo este mes de Septiembre, el paseo en el mar es gratis, sobre todo cuando se principia a las siete de la mañana, con la salida del sol. Por todas partes surgen gigantescos perfiles de rocas, figuras enigmáticas y colosales; la isla de San Gildás, bajo un bosque de pinos, donde actualmente vive la familia del Doctor Carrel, el médico francés que ha hecho ruido en los Estados Unidos con sus experiencias de autosugestión. Luego el bote se acerca a la isla Ilek, que pertenece a la familia de Ambroise Thomas, el gran músico, quien allí compuso *La Tempestad*, y en la lejanía se insinúan las Siete-Islands, pobladas de leyendas. Al regreso, la vista de Port-Blanc es magnífica con su *Roca del Centinela*, cubierta de líquenes, que guarda la entrada del puerto, en la actitud de una esfinge de bronce verde, y las bellas *Rocas de los Ladrones y de las Manzanas*.

* *

Para ir a Brehat el auto-carro atraviesa media Bretaña porque tiene que

tomar paseantes en varios puntos. Luego se dirige a Paimpol, donde se embarcó Renán el día de su visita a la isla de Brehat.

Paimpol es un bello puerto con una gran bahía cubierta de navíos de vela que constantemente van a pescar a *Islandia* o a *Tierra-Nueva*. Es una floresta de mástiles con sus velas blancas y su tricolor nacional que el día 8 de diciembre, día del «Pardon de los Islandeses», se cubren de guirnaldas de flores, durante el día, y de bombillos eléctricos por la noche.

De Paimpol el auto-carro sigue por la orilla del mar hasta Harcouest, y allí se toma una *vedette* de gasolina que en cinco minutos nos deja al pie de un cerrito por donde se sube al hotel, un hotel al aire libre, donde se come, a voluntad, ostras, langosta, sardinas, macarelas, tortugas, todo acabado de coger en torno de la isla, y encima cidra, hecha del jugo de las manzanas, bebida obligatoria en todo el país, y que nunca figura en la *addition*.

No pasada aún la agradable sensación de un baño en aquellas hondas azul-claro, bajo un sol tropical, y tras el último sorbo de *cit* (así llaman la cidra), salí a conocer la isla, y, apenas había andado tres minutos, por una senda entre muros de piedra, cuando encontré un viejo, alto y fornido, en mangas de camisa, que estaba dando de comer a las gallinas en el patiecito de su granja. Le dirigí la palabra, y, en el acto, como sucede en los campos bretones, me hizo seguir. Después le pregunté si recordaba la fiesta con que se había celebrado la visita de Renán a la isla en 1891, y en seguida contestó sonriente que por supuesto, y me hizo una descripción del maestro, que no dejaba la menor duda de que se había encontrado en la fiesta, y que consideraba aquello como un gran recuerdo y honor de su vida.

Luego, a la nueva pregunta, me informó que en Brehat no había sino una pariente de Renán.

—Vea usted, vive aquí cerca, se llama Madame Dardignac por su marido, pues ella nació Dauphin, y es por su familia que tiene sangre de los Renán. El viejo, bastante cojo, y no obstante mis súplicas de que no se molestara, quiso acompañarme hasta cierto sitio alto desde donde me mostró, a lo lejos, la casa de Madame Dardignac. En el camino encontré tres señoras con capas de color y sombreros modernos, las saludé y seguí a preguntar a unas mujeres que lavaban

ropa en un arroyo, cuál de las casas cercanas era la que buscaba, a lo cual gritaron al tiempo: «Madame Dardignac! Madame Dardignac!» que era una de las señoras que acaba de encontrar.

Cuando la señora supo para qué la buscaba, me tendió la mano, se despidió de sus amigas y me dijo:

—Yo lo voy a acompañar en la visita a la isla; sigamos por aquí e iremos conversando.

Corinne Dauphin, por su matrimonio, Madame Dardignac, es una gentil dama que nada tiene, al parecer, de bretona, aunque es nacida y criada en la isla y habla bretón. Cuerpo delgado, cabellos rubios, ojos azules, manos finas y unos cincuenta años. Su conversación me reveló una mujer culta y modesta. Me dijo que era nieta de la tía Perrine, la misma que Renán iba a visitar con su madre en su niñez a Brehat, y la misma que había recordado en su famoso discurso de 1891. Que ella venía de Madame Olivier, hija de la tía Perrine, y que sólo tenía de su matrimonio una niña que estaba en el colegio.

Habló luego de sus recuerdos de infancia, y recordó, con frases cariñosas, a Madame Noemi Renán, a la que dijo no veía desde muchos años atrás. Como recuerdos de Renán en la isla me mostró «La chaise de Renán», banco de piedra formado de una roca llamada «Rocher de Ronais», en Rosidó, al norte de la isla, donde se sentaba Ernesto a estudiar en las temporadas que pasaba allí en su niñez. Hoy la misma roca no la llaman sino «Rocher de Renan».

* *

En el centro de la isla de Brehat, la más alta, se levanta una iglesita consagrada a la Virgen. Desde allá se dominan todos los contornos de la isla y se la ve ceñida por las olas del mar, que se encrespan y se agitan espumantes contra las rocas de las costas. El paseo más bello es el llamado del *Paon*. Allí hay rocas gigantescas, de extrañas formas, golpeadas por un mar siempre acosado por el viento. Desde el faro, construído sobre la roca más saliente y más alta, miré con horror al pie «el abismo de Paón», y recordé a Safo; quien, según sus biógrafos, se arrojó de la roca de Léucade, a un abismo, como aquel, por un amante (si no me engaña la memoria) llamado Faón.

CORNELIO HISPANO

Tréguier, 28 Septiembre 1924.